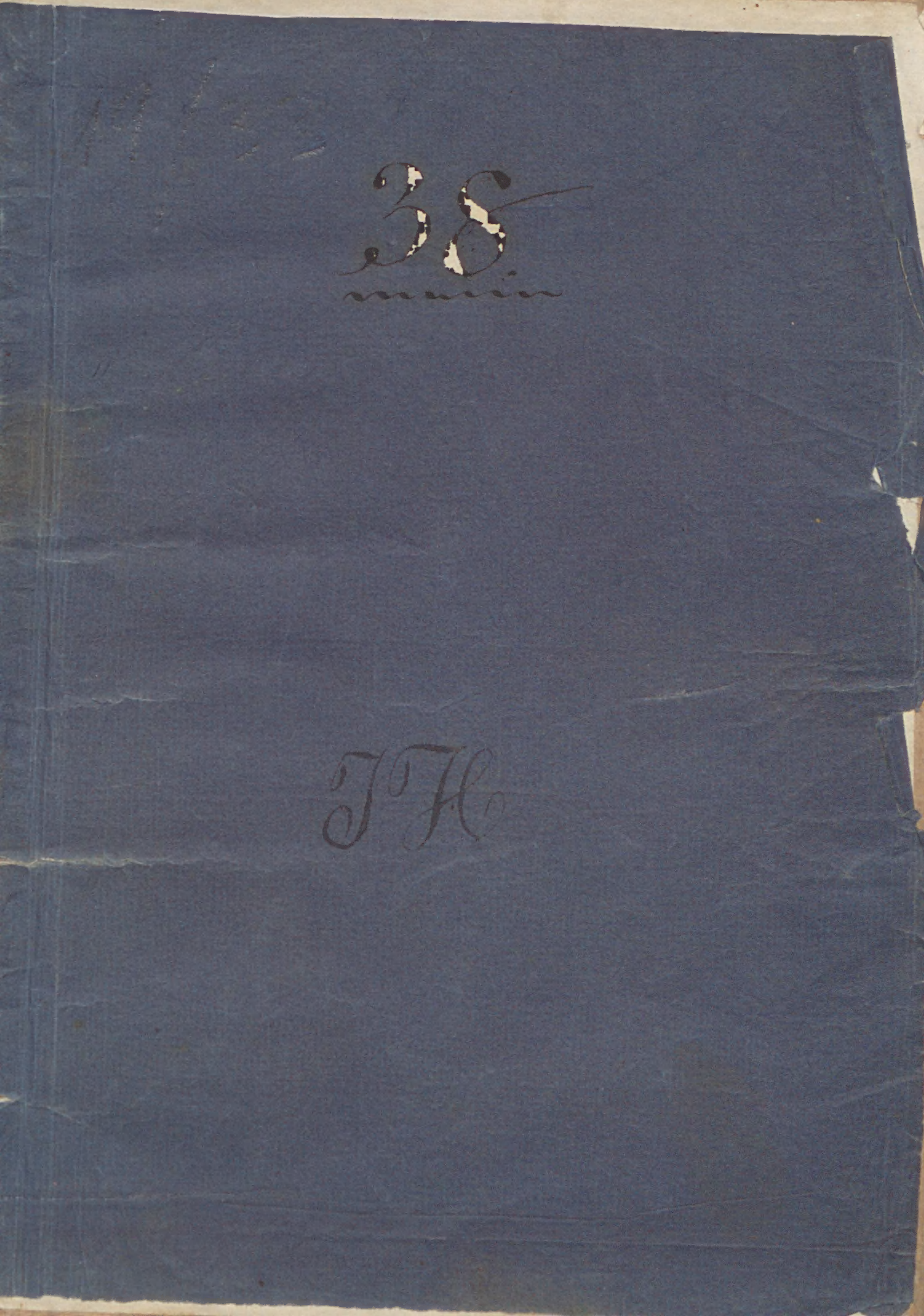
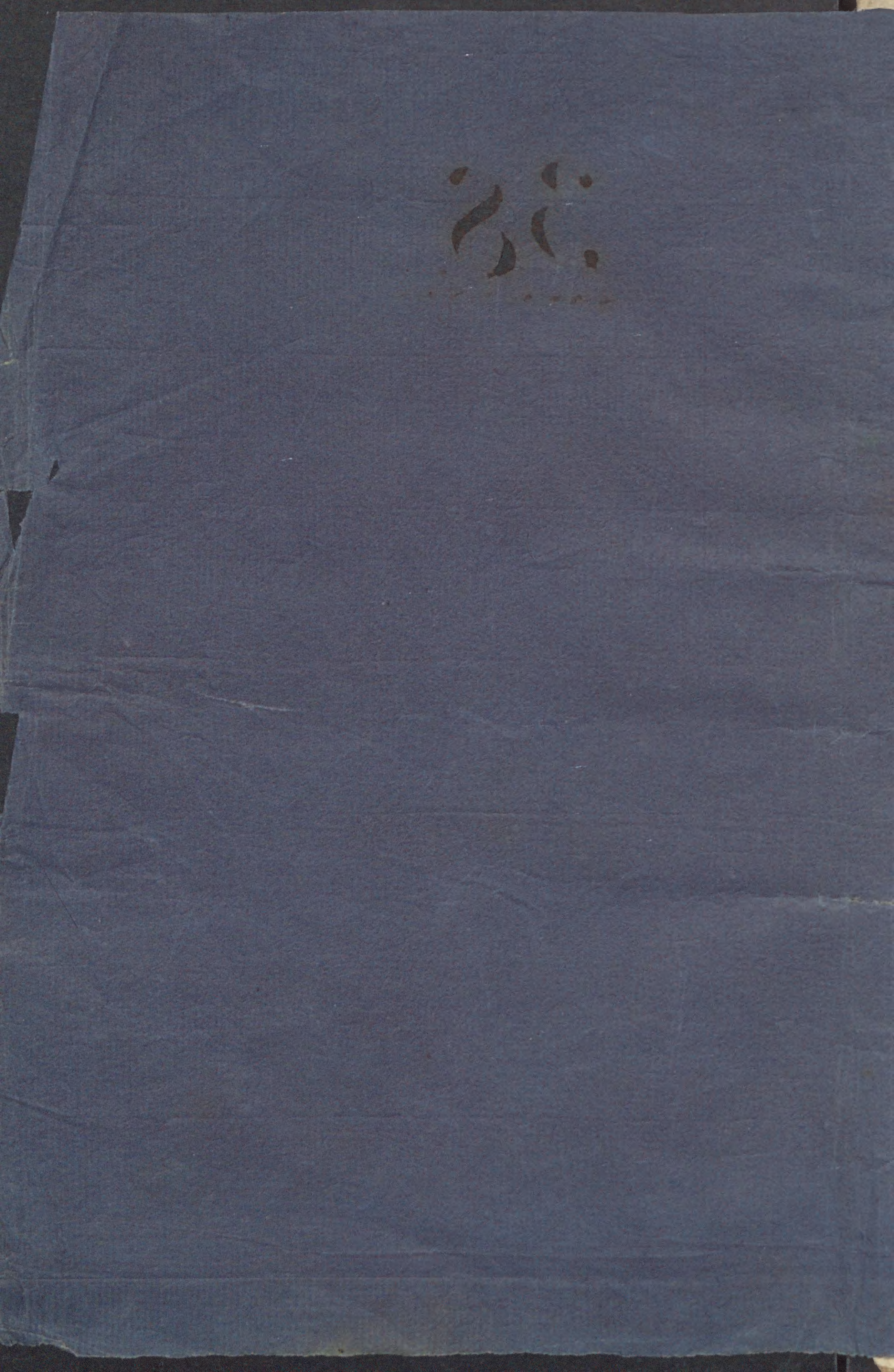

38



COMEDIA NUEVA.

LA MUGER DE DOS MARIDOS.

EN TRES ACTOS.

POR D. V. R. D. A.

ACTORES.

Eduardo, Conde de Fersen.
Clara, Condesa de Fersen.
Isidoro Fritz.
Mauricio Verner, Padre de Clara.
Walter.
Batallon.
Julio, hijo de Isidoro.
Gertrudis, Criada.
Mr. Broun.
Comparsa de Labradores y Labradoras.

La Escena es en el castillo de Fersen.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un parque agradable: en medio del muro que atraviesa el fondo hay una reja que ocupa casi toda la anchura del teatro: junto á la reja, á la izquierda, habrá una puerta que da hácia el campo, el qual se mira en lontananza.

ESCENA PRIMERA.

Batallon como instruyendo á algunos labradores y labradoras, puestos todos en dos líneas.

Bat. Atencion á lo que mando:
saludad todos á un tiempo...
á un tiempo digo, señores,
si no vale nada eso:
mas valiera, señoritas,
atender á lo que ordeno,
que no estarse cuchucheando
con aquesos caballeros:
dos horas ha que me estoy
desgañitando, y no puedo
meterles en la cabeza
una cosa, que el mas lerdo
aprende en cinco minutos:
de bronce son sus celebros,
vamos de nuevo: la mano
derecha alzada: lo mesmo
que si fuerais á ofrecer
un ramillete: ese cuerpo

inclinado hácia delante
un poco... habrá majaderos!
lo mismo que yo; miradme:
esta postura á lo ménos
es pintoresca: ¿qué tal?
un poco atras el pie izquierdo...
señor, qué diablos de gentes!
atras digo, atras...

ESCENA II.

Los dichos y Elisa.

Elis. ¿Qué es esto?
Batallon, ¿por qué das voces
y gritos tan descompuestos?
Bat. Ya lo veis, señora mia;
hago todos mis esfuerzos
para enseñar á estas gentes
alguna cosa, y entiendo
que no podré conseguirlo,
porque tienen, segun veo,
esas molleras mas duras
que un guijarro berroqueño.
Elis. ¿Y á qué viene atormentarlos
de esa manera?
Bat. ¡Eso es bueno!
Vuestro esposo el Conde debe
llegar, poco mas ó ménos,
dentro de una hora, y queria
hacerle un recibimiento
que le sorprendiera; sé
que con él viene, y me alegro,
el Mayor de Goltz su tio,
con quien estuve sirviendo
muchos años, é intentaba
hacerle ver que aun no ha puesto
en olvido Batallon
aquel especial talento
militar, que en quince años
le proporcionó por premio
llegar á ser cabo-esquadra
segundo de granaderos.
Elis. Es cosa muy natural.
Sonriéndose.
Bat. ¿No lo ha de ser? Pero tengo
que lidiar con unas gentes
sin disciplina, y comprehendo
que por mucho que trabaje,
no haré cosa de provecho.
Elis. Déxalos que se gobiernen
por sus propios sentimientos;
porque la expresion que nace
de un sencillo y franco pecho
es la que mas lisonjea.
Bat. Pues vos lo quereis, consiento;
como algo picado.
que hagan todo lo que quieran:
está bien, señora: esto *ap.*
de la gloria militar
no es cosa para zopencos.
Dios os guarde.
Los labradores y labradoras quieren desfilar tras de él, á tiempo que se vuelve y dice:
¿A qué venis?
ya en enseñaros no pienso:
¡perdido todo el trabajo!
Vuélvese con viveza, y viendo que le siguen marca al paso, diciendo:
no he dicho que ya no quiero...
una, dos, una, dos, una...
compas, firmeza y silencio. *vanse.*

ESCENA III.

Elisa y Mr. Broun.

Bro. Señora, esta carta acaba de llegar.
Elis. Os agradezco,
amado Broun, la fineza
de traermela vos mesmo.
Mira el sello.
El sello dice Munich:
ocho años ha que no tengo
correspondencia en Babiera.
Rompe la oblea: se para como temiendo abrir la carta, y dice para sí.
El corazon se me oprime,
¿si será presentimiento
de algun pesar?... Pero yo
¿cómo tan débil me muestro?
Leamos.
Abre la carta, y mira la firma.
Eugenia Holbac:
mi antigua amiga; ¿qué empeño
puede obligarla á escribirme? *Lee.*
¿Es posible?.. ¡o Dios inmenso!
Bro. ¿Pues qué contiene esa carta,
que os causa tal sentimiento?
Elis. Es posible... mas no... *Leyendo.*
no hay que dudar... no hay remedio.
¡Cielo santo!... ¡soy perdida!
Bro. Por quanto obligaros puedo...

Elis. ¡Dos maridos!... ¡Qué horrible es
el estado en que me encuentro!
Bro. ¡Dos maridos! ¿qué decis?
Elis. Si... me casé en otro tiempo...
Bro. ¿Y os habeis vuelto á casar?
de escucharos me estremezco.
Elis. Leed, amigo, esa carta.
Bro. Señora, no sé si debo...
Elis. Leed, sí, no os detengais;
yo, amado Broun, os lo ruego.

Broun lee.

Bro. Mi amada Elisa Verner, no puedo ménos de participaros que Isidoro Fritz, que estaba, hacia ocho años encerrado en las cárceles de esta ciudad, y que teniamos por muerto, acaba de escaparse. No pongais la menor duda acerca de esta noticia, porque yo misma lo he hallado á media legua de esta ciudad: os lo participo para todo lo que pueda conveniros, y contad siempre con el corazon de vuestra Eugenia Holbac.

Elis. ¡O Dios santo! ¡todavía
tu castigo experimento!
Bro. ¿Y es ese hombre vuestro esposo?
Elis. De decirlo me avergüenzo.
Mas ya que en tal posicion
necesito los consejos
de un hombre que me dirija
con prudencia y con acierto,
de mi corazon las ansias
depositaré en el vuestro:
sí, amigo mio, Isidoro
Fritz, hombre siempre dispuesto
para qualquiera maldad,
de todos mis sentimientos
es el actor, y es mi esposo.
Bro. Vos le tendriais por muerto
quando á casar os volvisteis.
Elis. Sí.
Bro. ¿Mas con qué fundamento?
Elis. Con quanto puede pedirse;
porque todavia tengo
auténticos testimonios
de que Fritz habia muerto:
certificados de Jueces,
de Médicos, y á mas de esto
partida de difunsion
en toda forma conservo
en mi poder. ¿Quién podia
sospechar un fingimiento?
Bro. ¿Quién os envió esos papeles?
Elis. Un amigo y compañero
de mi esposo.
Bro. ¿Y le podia
resultar algun provecho
de engañaros?
Elis. No lo sé:
solo sé que me estoy viendo
situada entre dos esposos;
de los quales al primero
solo le debo una serie
de inexplicables tormentos,
porque no ha habido pesar,
humillacion, vituperio
que no me haya hecho sufrir;
quando al segundo le debo
tanta generosidad,
tanta ternura y extremo
de amor, que nunca podré
como es justo agradecerlo.
Bro. Acabad de confiaros,
decidme mas por extenso
vuestros sucesos.
Elis. Oid.
Sobre poco mas ó ménos
habrá unos diez y seis años
que á Munich llegó el perverso
Fritz (segun despues lo supe)
desertor de un Regimiento
del Emperador: tres lustros
contaba yo en este tiempo.
Mi padre, anciano oficial,
su descanso apeteciendo,
y renunciando los lauros
y militares trofeos,
á Munich se retiró,
donde su mayor consuelo
perdió en mi querida madre,
que descansa en mejor Reyno:
porque de tanta desgracia
no cediese al grave peso,
de la ternura filial
apliqué todo el esmero:
fructificó mi cuidado,
y padre é hija contentos,
pasábamos dulce vida,
en aquel estado medio,
que ni se atrae la envidia,
ni se concilia el desprecio;
quando en casa de una amiga
traté á Fritz, quien baxo el velo
de una virtud aparente

reconcentraba en su pecho
quantos detestables vicios
caber en hombre pudiéron;
me obsequió; correspondí;
con el trato creció el fuego,
y para no molestaros,
me arrebató desde el seno
paternal, y me conduxo
á una quinta con intento
de triunfar de mi virtud;
pero fiel á los preceptos
del honor, con tal firmeza
me defendí, que poniendo
freno á su ciego apetito,
para lograr sus deseos,
tuvo á bien el resolverse
á un matrimonio secreto.
Escribí luego á mi padre
para obtener de mis yerros
el perdon, y su respuesta
fué decir que se iba huyendo
de un pais en que se hallaba
por mí de oprobio cubierto;
y que solo me dexaba
su maldicion. Al momento
volé á Munich; ya no estaba
mi padre allí, ni pudiéron
las gentes darme razon
de su viage: desde luego
Isidoro, que hasta entónces
se reprimió con objeto
de conseguir de mi padre
mi dote, reconociendo
sus esperanzas perdidas,
desplegó su verdadero
carácter, y se entregó
á toda especie de excesos
á que estaba acostumbrado,
sin que por satisfacerlos
omitiese medio alguno
por peligroso ó por feo:
seis años viví con él
tolerando y padeciendo
la miseria mas horrible,
los mas duros tratamientos,
los mas amargos dolores,
sin tener otro consuelo
que de la callada noche
en el sombrío silencio
llorar, gemir, y postrada
suplicar al Sér Eterno
que me volviese el amor
de mi padre: mis lamentos
y súplicas fuéron vanas;
sí, amado Broun, vanas fuéron,
pues no pude conseguir
que de mí tuviese el cielo
compasion, justo castigo
de la que faltó al respeto
de un padre, que es en la tierra
imágen de Dios: ¡yo muero
de dolor!...

Bro. Señora mia,
moderad el sentimiento:
en quanto os ha sucedido,
no veo sino el efecto
de una inexperiencia propia
de la edad; pero no encuentro
un vicio del corazon;
proseguid vuestros sucesos.

Elis. Al cabo de los seis años
de mi fatal casamiento
supe que mi triste padre,
por algunos contratiempos,
perdido habia sus bienes,
y que reducido al sueldo
de su retiro, vivia
en un miserable pueblo,
junto á Bruselas: cansada
de sufrir, y resistiendo
las viles proposiciones
de un esposo, que al extremo
llegó de querer vender
mi honestidad, con secreto
dexé á Munich una noche,
llevándome un hijo tierno
que tenia, y juntamente
algunos pocos efectos
que á la avaricia de Fritz
pude ocultar: llegué al pueblo
en que se hallaba mi padre...
¡infeliz!... estaba ciego:
le hablé... me arrojó de sí...
y me maldixo de nuevo:
no se dignó de escucharme;
entónces yo resolviendo
grangearme á toda costa
el perdon, en aquel pueblo,
me establecí, baxo el nombre
de Clara: á fuerza de esmero
en incesantes labores,
y privándome de aquello
mas necesario, logré
socorrerle en el extremo

de su pobreza : jamas
penetrar pudo el misterio,
pues á saber que era yo
quien alivios tan ligeros
le prestaba, es claro que
se hubiera negado á ellos:
seguiale quantas veces
salia á dar un paseo;
y contemplando en su rostro
venerable los efectos
del pesar, me deshacia
en llanto, y en lo secreto
del corazon le pedia
que perdonase mis yerros:
algunas veces le hablé,
en lo posible fingiendo
la voz, y en su descarnada
mano imprimí el dulce beso
del amor filial; entónces
recibia tal consuelo
que creia haber logrado
mi perdon, y este momento
rápido de complacencia
templaba mis sentimientos.

Bro. A ser vuestros extravíos
mayores, estoy bien cierto
de que tan noble conducta
sobraba á satisfacerlos.

Elis. Quando tuve la noticia
de que Fritz habia muerto,
viéndome solicitada
del Conde, admití su afecto
con su mano; pero ántes
de unirnos, previno cuerdo
asegurarme el dominio
de este castillo: en efecto
lo hizo así por escritura
particular; yo atendiendo
siempre á aliviar á mi padre,
le envié un recado diciendo
que la Condesa de Fersen
queria darle el gobierno
de la granja, que tan cerca
está de este sitio ameno:
se excusó con sus achaques,
pero al fin logré traerlo
adonde, sin conocerme,
á cada instante le veo;
mas porque no me descubra,
jamas á hablarle me atrevo,
porque aunque la voz pudiera
disimular, es expuesto,
porque las gentes podrian
extrañar el fingimiento.

Bro. Con que será el buen Mauricio...

Elis. Verner mi padre...

Bro. ¡O exemplo
de virtud! ¿y os acusais?
si sois delinqüente, creo
que no hay bondad en la tierra:
¿y vuestro hijo? recelo
que sea...

ESCENA IV.

Los dichos, y Julio apresurado y muy alegre.

Jul. Señora mia,
albricias: en el momento
el Señor Conde ha llegado.

Elis. ¡Mi esposo!... ¡sagrados cielos!

Jul. Al instante ha preguntado
donde estabais con intento
de sorprenderos sin duda,
pero yo á nadie le cedo
el daros una noticia
tan buena; y me voy corriendo
á buscar á Batallon,
para venir todos luego
en cuerpo formal á hacer
presente nuestro respeto
al Conde; que aunque queria
el buen Batallon hacerlo,
sin que nadie lo supiera,
estoy sin mí de contento,
y solamente lo digo
á todos quantos encuentro.
Vase corriendo.

Bro. ¿Julio, Julio?... ¿hay tal muchacho?

ESCENA V.

Elisa y Broun.

Elis. ¡Volver Eduardo tan presto!...
¿como para presentarme
tener puedo atrevimiento?

Bro. Sosegaos; y pues el Conde
ignora el fatal secreto...

Elis. No amigo, todo lo sabe.

Bro. ¿Qué decis?

Elis. No es un misterio
para él que fué mi esposo

Fritz, y tampoco que tengo
un hijo: creyóme viuda
al tiempo del casamiento;
y si ahora sabe que existe
aquel, decid, ¿qué concepto
llegará á formar de mi?
tendrá justo fundamento
para creer que he abusado
de su amor, y del extremo
de su confianza; ¡ó Dios,
á qué lance tan estrecho
me ha conducido el destino!
Bro. Que desimuleis os ruego,
señora, porque alguien llega.
Elis. ¡O dia de horror! el cielo
llueve sobre mí desdichas.

ESCENA VI.

Los mismos, Eduardo y el Mayor.

Ed. Como sin tí no me encuentro
gustoso, mi amada Clara,
tan pronto á tus ojos vuelvo.
Se abrazan.
Elis. Señor Mayor, bien venido.
May. Deseaba conoceros,
sobrina, á fe de quien soy;
porque los elogios vuestros
nunca cesa ese muchacho;
y que son fundados veo
por lo que hace á la belleza;
mas yo hago tan poco aprecio
de las gracias personales,
que aunque sea un desacierto
para la paz familiar
por peligrosas las tengo:
este modo de pensar
me hará parecer grosero
en el círculo de lindas,
que imaginan que con serlo
ya no tienen que ser mas;
pero soy soldado viejo,
he corrido mucho mundo,
y así en el dudoso extremo
de elegir entre una linda
y una buena, á ésta me atengo;
que aquella siempre es cuidado,
y estotra siempre consuelo.
Elis. Era preciso tener
muy poco discernimiento
para no pensar así:
que en mí hallareis os prometo
una muger que desea
serviros y complaceros,
por vos solo, sin tener
atencion al parentesco
que os estrecha con un hombre,
á quien quanto soy le debo,
y á quien, en qualquiera caso,
mirando á Broun.
amaré con quanto extremo
cabe en un corazon fino,
reconocido al exceso
de sus bondades y...
Ed. Clara,
conozco á fondo tu pecho,
y así no son necesarias
las protestas de tu tierno
cariño; á mí no me debes
ningun agradecimiento;
el obligado soy yo
pues me haces feliz, viviendo
contigo nada podrá
faltarme.
Elis. ¡Pluguiese al cielo! *aparte.*
Ed. ¿Cómo estais, amado Broun?
Bro. Muy alegre y satisfecho,
como que me hallo con todo
quanto en este mundo quiero.
Ed. Este fué quien me educó,
al Mayor.
desde mis años primeros;
hombre de bien, y...
May. ¿Qué mas?
todo está dicho con eso,
no hay mas que ser en el mundo:
instrumentos rústicos.
pero suenan instrumentos,
¿qué será?
Ed. Alguna rareza
de Batallon.
Bro. Es lo cierto.
Ed. Otro hombre de bien.
al Mayor.
May. Por Dios,
sobrino, que te contemplo
bien feliz; hombres de bien
á pares contigo veo,
y yo apénas he hallado
uno en todo el universo.

ESCENA VII.

Al compas de una marcha tocada con rústicos instrumentos, salen Batallon y Julio con comparsa de labradores que se forman en dos líneas, rodeando á los demas actores.

Bat. Alto... frente... á la manera
que Alexandro, aquel soberbio
Macedon conquistador,
despues del estrago fiero
de la batalla de Cannas,
y como Rómulo y Remo
quando á Cartago tomáron,
de los Persas recibiéron
el parabien...
Ed. Batallon,
déxate ahora de floreos
y arengas; tu accion me dice
mas que mil razonamientos
estudiados.
Jul. Señor Conde,
todos de alegría llenos
os damos la bien venida:
á la verdad no sabemos
explicarnos con palabras
de mucho encarecimiento;
pero nuestros corazones
muy bien sabeis que son vuestros,
y que en amaros á nadie
ventaja le concedemos.
Ed. Esto vale mas que todos
á Batallon.
tus Romanos y tus Griegos.
Bat. Cada qual tiene su gusto,
mi Coronel, y yo creo
que aquí el Señor Mayor...
May. Piensa
lo mismo, ni mas ni ménos.
Bat. Ciertamente que he quedado
con mi trabajo bien fresco.
Ed. ¿ Como ?
Bat. En solos ocho dias
toda la historia he revuelto
para componer mi arenga,
y ahora salimos con esto.
Algo picado.
Ed. ¿A qué no ha estudiado Julio
para hacer su cumplimiento?
Jul. Quando hablan los corazones,
¿ para qué estudiar queremos?
May. Este muchacho me gusta.
Ed. Hicierais de él mas aprecio
si yo pudiese deciros...
Baxo al Mayor.
May. De algun dependiente vuestro
será hijo, ¿ no es así ?
Á Elisa.
Elis. No señor... es...
Confusa.
May. Ya lo entiendo,
será solo hijo de amor,
ó de algun mal casamiento,
y vos lo habeis recogido;
porque dicen, y me alegro,
que desde que vos estais
aquí, no se encuentra en estos
contornos ni un desdichado.
Elis. Yo, señor, en quanto puedo
procuro aliviar á todos;
y es mi deber.
May. Si por cierto,
y el de todos quantos pueden
hacer bien: ¡tristes de aquellos
que obligacion tan sagrada
no cumplen! pero el chicuelo
me interesa, yo quisiera
hacer algo en su provecho,
¿qué edad tienes ?
Jul. Quince años.
May. ¡ Bravo ! de ese mismo tiempo
empecé yo mi carrera:
atiende muchacho; dentro
de siete semanas se abre
la campaña, y yo me ofrezco,
si quieres seguirme, á hacerte
entrar en mi Regimiento.
Jul. Mil gracias, señor Mayor.
Elis. Para militar no creo
que tiene disposiciones
favorables.
May. ¿Qué sabemos ?
se vé repetidas veces,
que los que prometen ménos,
son los que mas se distinguen.
Bat. No hay duda; y si yo tan presto
no me hubiese envejecido...
May. La carrera tiene riesgos;
y á la primera ocasion
tal vez puede quedar muerto.
Elis. ¡Muerto!.. por Dios.. pobre niño..
no señor, no.

Ed. No hableis de eso
baxo al Mayor.
á mi esposa, que al muchacho
tiene maternal afecto.
May. Ya lo conozco: sobrina,
Eduardo pensativo.
considerad que es incierto,
y muy incierto el morir
Julio en el primer encuentro,
y que si se distinguiere,
son seguros sus ascensos.
Bat. Es verdad: así el señor
Mayor y yo habemos hecho
nuestra carrera: allá en Nisa
y Viden el valor nuestro
mostramos, y allí, allí mismo,
á entrambos nos diéron premio,
con sola la diferencia
de que á vuestro tio hiciéron
Mayor, y á mi la esquadra
de Granaderos me diéron.
Elis. ¿Qué tienes, amigo mio?
¿en qué piensas que te veo
tan distraido y absorto?
May. No hay que admirarlo; yo apuesto
á que ahora piensa en el hombre
que saliendo de lo espeso
del bosque parar nos hizo.
Elis. ¿Qué decis? ¡o qué rezelos! *ap.*
Ed. ¿Pero si no ha sido nada?
Elis. Con todo, quiero saberlo.
Ed. ¿Qué has de saber? ¿no te digo
que no es nada?
Elis. Yo te ruego
por mi amor que me lo digas.
Ed. No resisto á tal empeño:
al atravesar el bosque
cercano, un hombre rompiendo
la maleza, se nos pone
delante, y con un acento
medio ronco nos pregunta,
si acaso se hallaba léjos
de este castillo de Fersen:
dixele, hablais con su dueño:
¿vos sois el Conde Eduardo?
-yo jamas mi nombre niego:
¿qué se os ofrece?- sois vos
el que si mal no los cuento,
habrá ocho años que casó
con una viuda.- Pero eso
¿qué os importa?- ¿qué me importa?
á Dios, pronto nos veremos.

Elis. ¡Triste de mí! *aparte.*
Ed. A estas palabras
nos dexa, baxo del coche,
y voy en su seguimiento,
y ya casi le alcanzaba,
quando...

ESCENA VIII.

Los mismos y Fritz, que arrimándose á la reja del parque observa quanto pasa.

Elis. ¡Infeliz!.. yo fallezco:
yo lo he visto...

Esto á Broun baxo, y dexándose caer en sus brazos.

Ed. Esposa mia...
¿qué tienes? socorred presto...

ESCENA IX.

Los mismos, ménos Fritz, que ha desaparecido á la exclamacion de Elisa.

Elis. No, no, nada necesito:
esto solo ha sido efecto
de la impresion que el oirte
hizo en mi.
May. Muy raro extremo
es de sensibilidad.
Elis. Muy natural, segun pienso,
tratándose de un esposo...
Ed. Que te ama: cobra el sosiego,
Clara, que no hemos corrido
el peligro mas pequeño.
Bat. ¿Mas donde está ese bribon
que ha tenido atrevimiento?...
pero yo me entenderé
con él. muchachos, marchemos
á batir la estrada: el bosque
registraré, y si lo encuentro,
muerto o vivo he de traerle...
Elis. No amigo: solo deseo
que se aleje de este sitio.
Bat. Pero...
Ed. Obedece.
Bat. Obedezco:
ola allí viene el anciano
Mauricio.

Elis.

Elis. Mi padre, ¡cielos!
Bro. No os desanimeis, señora.

ESCENA X.

Los dichos y Verner conducido por Gertrudis.

Ed. Mauricio, ¡quánto me alegro
de veros! pero ¿por qué,
hallándoos siempre enfermo
habeis dexado la granja?
eso, amigo, no lo apruebo.
Gert. Bastante se le predica,
pero no quiere entenderlo.
Ed. Trae una silla...
á Batallon.
sentaos.
Vern. Señor, señor...
Ed. Yo lo quiero.

Miéntras que se agregan todos al rededor de Mauricio, que se sienta en medio, entran furtivamente Fritz y Valter por la puertecilla del parque, y se esconden.

Vern. Sea así, pues lo mandais.
Elis. Apénas respirar puedo *aparte.*
de temor y sobresalto.
¿Julio?
Jul. ¿Señora?
Elis. Al momento
cierra la puerta pequeña
baxo á Julio.
del parque.
Jul. Allá voy corriendo.
Va á cerrar la puerta.
Ed. Y decidme, buen Mauricio,
¿os hallais aqui contento?
Maur. En donde vive una dama
de tanto merecimiento
como vuestra digna esposa,
todo es placer: todos estos
contornos sus alabanzas
repiten, ¡ay! no con ecos
de servil adulacion,
sino de agradecimiento,
porque no hay nadie que no
participe los efectos
de su generosidad,
y tambien de sus consejos:
¡ah! si la muger hermosa
es el regalo mas bello
que hace la naturaleza,
la sensible, la de tierno
corazon, la virtuosa,
es don precioso del cielo.
Ed. ¡O quanto mi amada Clara,
de ser tu esposo me precio!
Maur. Perdonad, señora mia;
ignoraba yo que oyendo
me estuvieseis, mas no importa;
yo no dexaré por eso
de decir al señor Conde
quanto vos por mi habeis hecho.
Elis. ¡Qué hija no hiciera lo mismo! *ap.*
Vern. Quando la pena, el tormento
y la soledad á un triste
le afligen con tal empeño
que aun el alivio del llanto
le han negado, dirigiendo
á la desesperacion
sus sombríos pensamientos,
¡qué feliz es el que encuentra
como yo, sin merecerlo,
en una persona extraña,
todos aquellos consuelos
que á una hija, ó á una esposa
se prometia deberlos!
Elis. ¡En una persona extraña!
Aparte con dolor.
Vern. Habrá un año que partiendo
á campaña, señor Conde,
me dexasteis sano y bueno:
pero de allí á pocos dias,
de mi caducante cuerpo
se apoderó ardiente fiebre,
que mis fuerzas consumiendo,
á las puertas del sepulcro
me puso: supo mi riesgo
esa señora, ese angel,
diré mejor, y su zelo
caritativo extendió,
no solamente á los medios,
y á los auxîlios que el arte
proporciona á los enfermos,
sino que vino á la granja,
á establecerse, diciendo,
que no saldria de allí,
y no tendria sosiego
hasta verme recobrado:
con incesante desvelo
nada omite, prevee todo;

por su mano el alimento
recibo; nadie se acerca
sino ella sola á mi lecho,
ni permite que la ayuden
en tan trabajoso objeto,
porque su beneficencia,
no se contenta con ménos.
Ed. Muger celestial, ¡feliz
abrazándola.
mil veces quien es tu dueño!
Vern. Quando enfermedad tan fuerte
de morir me puso á riesgo,
en cinco dias que estuve
delirando, ni alimento
tomó, ni se permitió
un instante de sosiego:
ni una hora se separó
de mi lecho, y aun me acuerdo
que quando ya mi delirio
declinaba, con acentos
apasionados decia,
vivid, padre mio; el cielo
prolongue vuestra existencia
para ventura y consuelo
de quantos como yo, os aman:
esta voz, ó Dios eterno,
me recordó la de otra
persona de tan opuesto
carácter... pero al olvido
tristes memorias dexemos:
en fin Señor, si aun existo,
á vuestra esposa lo debo;
(*se levanta y le conduce Gertrudis.*)
permitidme pues, señora,
que de mi agradecimiento
le quiere tomar las manos.
os dé un débil testimonio,
y un desahogo á mi pecho.
Elis. ¡Qué precisada me vea *ap.*
á no hablarle!

Le toma las manos; ella quiere retirarlas, y él se las besa.

Vern. No, esos besos
que en vuestras manos imprimo,
nunca pueden ofenderos;
pues purificarlos logra
mi fiel reconocimiento.
Elis. No á su hija, á la Condesa
dirige sus sentimientos.
Llorosa.

Bat. Pero para celebrar
la vuelta del Conde creo
que el llorar viene lo mismo
que baylar en un entierro.
May. Dice muy bien Batallon.
Bat. En lugar de enterneceros
y afligiros, mejor fuera
que dierais un buen paseo
por el parque y los jardines,
y mirar quanto de nuevo
se ha hecho.
Ed. No dices mal.
Bat. ¿Está ya todo dispuesto
baxo á Julio.
para la fiesta ideada?
Jul. Sin duda alguna.
Bat. Me alegro.
Ed. Mauricio, permaneced
en el castillo, que presto
volveremos.
Vern. Por ahora
no es posible obedeceros,
porque importa mi presencia
en la granja.
Ed. Pues yo quiero
que volvais en acabando,
pues sumamente deseo
el hablar con vos despacio.
Vern. Está bien; volveré luego.
Ed. ¿Vienes tú, querida mia?
Elis. Iré al instante, y supuesto
que os llegareis á la granja,
allí nos reuniremos.
Ed. Pues que te acompañe Broun.
Bat. ¿Estan ya todos dispuestos?
pues que comience la marcha
con acorde movimiento.

La Condesa y Broun entran en el castillo, los demas salen por la puerta del parque, ménos Julio que queda á cerrarla.

ESCENA XI.

Fritz, Valter y Julio.

Julio despues de cerrar se encamina á entrar en el castillo, á tiempo que saliendo Fritz por el lado opuesto le detiene tirándole del vestido: entónces Valter pasa al otro lado, de modo que Julio queda en medio.

Fritz. ¿Amigo?
Jul. ¡Válgame el cielo!
Fritz. No tengais cuidado alguno, que ningun mal os haremos.
Jul. ¿Como habeis podido entrar aquí señores? ¿qué es esto? ¿qué hay en que pueda serviros?
Fritz. Al punto vais á saberlo.
Jul. Pues despachad, si os agrada, que estoy de priesa.
Fritz. Yo os ruego que lleveis este papel á la Condesa, diciendo que os le ha dado un infeliz labrador, que á su contesto queda esperando respuesta.
Jul. Voy allá: yo no comprehendo si estas gentes tienen buena intencion; pero lo cierto es que la traza es perversa.
Fritz. Esperad un buen rato:

Valter le detiene.

quanto mas le considero...
Jul. ¿No dixe que estoy de priesa?
Fritz. Muy poco me importa eso: ¿cómo os llamais?
Jul. Muy curioso es el hombre: yo no creo que os interese el saber mi nombre.
Fritz. Pues estaremos, pues veis que yo os lo pregunto, de parecer muy opuesto.
Jul. Pienso que os quereis burlar de mí: pero nos veremos otra vez, que ahora voy...
Fritz. Espera.

Deteniéndole con aspereza y voz fuerte.

Jul. No es lisongero el tono y ménos el modo. Nadie tiene aquí derecho á tratarme de la suerte que vos lo haceis.
Fritz. Yo le tengo; escucha y respóndeme con verdad.
Jul. Yo os lo prometo.

Con miedo y mirando á tierra.

Fritz. ¿Tu nombre?
Jul. Julio.
Fritz. ¿Tu edad?
Jul. Quince años cumpliré presto.
Fritz. ¿Tus padres?
Jul. No tengo padres.
Fritz. ¿Qué escucho?... ¿su nacimiento puede ignorar?... ¿al castillo veniste hace mucho tiempo?
Jul. Vine aquí con mi señora la Condesa.
Fritz. Muy bien; pero ¿dónde residias ántes?
Jul. Siempre con ella.
Fritz. Supuesto eso, tú debes de ser de este pais extrangero.
Jul. Es verdad; nací en Baviera.
Fritz. Ya ninguna duda tengo de que es él; ¿quién te ha educado?
Jul. Yo quedé niño muy tierno quando muriéron mis padres, y de la Condesa al zelo caritativo debí que me recogiese, y luego cuidase de mi crianza y educacion.
Fritz. ¡Raro zelo!

Con ironía.

¿y el señor Conde te trata?...
Jul. Con un paternal afecto: ¿mas no podria señor, sin que llegueis á ofenderos, saber qué interes os mueve á preguntarme todo esto?
Fritz. ¿Qué interes?... el tuyo.

Jul. ¿ El mio ?
Fritz. El tuyo, á decirlo vuelvo:
esa muger que tú ensalzas
ponderando sus extremos
piadosos, ¿ te pareciera
tan laudable, si teniendo
legitimamente un hijo,
la opulencia en que la ha puesto
el destino no partiera
con él, y su nacimiento
ocultándole, jamas
le diese el dictado tierno
de hijo, tan apreciable
en los maternales pechos?
Jul. La Condesa no es capaz
de tal baxeza.
Fritz. Yo de ello
tengo incontestables pruebas;
y ese hijo ahora mesmo
está delante de mí.
Jul. ¿ Pues quién es ?
Fritz. Tú.
Jul. No lo creo.
Fritz. No lo dudes; la Condesa
es tu madre, su sosiego
y felicidad dependen
de que no se corra el velo
á este secreto importante;
y pues de él eres ya dueño,
sirvete.
Jul. ¿ Para afligirla ?
¿ sería yo tan perverso
y tan ingrato ?... mas vos
¿ quién sois ?
Fritz. Yo soy... mas primero
da el papel á la Condesa;
y no olvides que en secreto
es necesario entregarlo.
Jul. Pero...
Fritz. Obedece.
Jul. Obedezco.
La Condesa madre mia...
¿ pudiera ser ?... si deseo
que esto no sea impostura,
es solo con el objeto
de tener justos motivos
de amarla con todo extremo. *vase.*

ESCENA XII.

Fritz y Valter.

Valt. Pero Fritz, ¿ no me dirás
qué significa todo esto ?
ayer me hallaste en Bruselas;
me rogaste que á un empeño
tan útil como arriesgado
te acompañara; lo acepto
por nuestra antigua amistad
y la ganancia que espero;
ya estamos mas de dos leguas
de Anvers, y saber deseo
si adonde ha de darse el golpe
mucho en llegar tardaremos.
Fritz. Ya hemos llegado.
Valt. ¿ Pues donde
estamos ? que no lo entiendo.
Fritz. En mis estados.
Valt. Si fuera
este sitio algun desierto
monte ó público camino,
no dudaria en creerlo.
Fritz. Pues, Valter, la verdad digo:
ese castillo soberbio
de quien depende este parque,
esos jardines inmensos,
aquella rústica granja
que se mira algo á lo léjos,
con las tierras adyacentes,
me reconoce por dueño;
y mañana, y tal vez hoy
disponer de todo puedo.
Valt. Sea muy enhorabuena;
mas tu traza desmintiendo
está toda esa riqueza,
que publicas.
Fritz. Pues no es eso
lo que mas ha de admirarte,
sino saber, y es muy cierto,
que la Condesa es mi esposa.
Valt. Chanzas ahora dexemos.
Frit. No amigo mio; es mi esposa,
y es Elisa con quien tengo
contraido matrimonio.
Valt. ¿Pues cómo diablos ha hecho
para casarse otra vez,
y mas con un Conde ?
Fritz. En esto
he metido yo la mano:

ocho

ocho años hace que he muerto.
Valt. ¿ Muerto ?
Fritz. Sí... ¿ qué no lo entiendes ?
Valt. ¡Ah bribon ! ya te comprehendo;
jamas creí que pudieras
tener tan sutil ingenio.
Fritz. Desde que nos separamos,
he hecho grandes progresos.
Valt. ¿Y crees tú que ella vendrá
á hablar contigo ?
Fritz. Lo creo,
porque me conoce bien:
no faltará, no.
Valt. En efecto,
hácia aquí una muger viene.
Fritz. Ella es sin duda ; á lo espeso
de esas matas te retira,
oirás lo que tratemos,
y á la primera señal...
Valt. Basta amigo, estaré atento.
Se retira.

ESCENA XIII.

Elisa y Fritz.

Elis. Junto á la puerta pequeña
del parque, si bien me acuerdo,
dixo Julio... ¿ mas qué miro?
Sorprendida.
Fritz. Me parece que mi aspecto
no lisongea tu gusto.
Elis. ¿ Tú eres?... ¡ ó Dios!
Fritz. ¡ Eso es bueno !
acude á la admiracion,
pon en práctica el manejo
del artificioso llanto,
suspira, clama á los cielos,
que despues de tu conducta,
apelar al fingimiento
es el único recurso
que puede quedarte ; pero
en vano, pues no es posible
disculparte del horrendo
crimen en que has incurrido.
Elis. ¿ Qué crimen ?
Fritz. Pues si te encuentro
casada con otro, ¿ puedes
desconocer tus excesos?
Elis. ¿Pues no podia de mí
disponer, pruebas teniendo
auténticas de tu muerte ?
Fritz. ¿De mi muerte?... ¡estoy sin seso!
¿y quién te las dió ?
Elis. Tu amigo
el mas íntimo ; conservo
su carta.
Fritz. Suposicion.
Elis. Los certificados tengo
del Magistrado.
Fritz. Fingidos.
Elis. Los médicos...
Fritz. El dinero
lo hace todo.
Elis. La partida
de difunsion...
Fritz. Otro enredo,
como todos los demas;
el asunto está dispuesto
de modo muy ingenioso;
pero yo no soy de aquellos
que se dexan engañar
con tan frívolos pretextos.
Elis. ¿ Pues qué imaginas de mí ?
Fritz. Que creiste al verme preso
por desertor, que era fixa
mi muerte, y así fingiendo
los papeles que refieres,
hallaste seguro medio,
para entregarte á tu nueva
pasion sin impedimento,
y contraer otros lazos.
Elis. ¡ Qué horror !
Fritz. Mas en breve pienso
hacer valer mi justicia.
Elis. ¡ Santo Dios !
Fritz. Y descubriendo
tu conducta criminal...
Elis. Pero escucha...
Fritz. El universo
te verá llena de oprobio...
Elis. ¡ Infeliz !
Fritz. Y del desprecio
de ese nuevo ilustre esposo,
que te adora...
Elis. Yo te ruego
que hables mas baxo, por Dios.
Fritz. No puede ser, no hay remedio:
un castigo infamatorio
has de recibir, y luego
apelareis al abrigo
de aquel esposo primero,
que abandonaste tan libre,
y sabrá tus desafueros

cor-

corregir con el rigor
debido á tu desenfreno.

Elis. ¡Miserable! yo no dudo
con dignidad.
que no son los sentimientos
de honor los que te conducen
á mi presencia; muriéron
en tí ya la probidad
y honradez: mas si en efecto,
como lo debo pensar,
del interes, ó un extremo
de necesidad el que
rige tu procedimiento,
yo lo sabré remediar;
mi obligacion y derechos
no me son desconocidos:
presto hasta que sea tiempo
oportuno, aléjate
de este sitio...

Fritz. Ni un momento
quiero yo cederte á otro.

Elis. Ya he dicho que mis derechos
y obligaciones conozco;
y ahora añado que puedo
disponer de quantas rentas
produce este fértil suelo,
con que sabré socorrerte,
y tú vivir con sosiego,
y sin recelar en nada
de mi proceder honesto;
soy quien soy, muy bien lo sabes,
únicamente deseo,
que se dispongan las cosas
de modo que ámbos quedemos
como es justo; y entretanto
que otros auxilios prevengo,
este oro y estas alhajas...

Fritz. Si no estuviera tan cierto
de tu crímen, esta accion
me hiciera reconocerlo.

Elis. Toma, y retírate al punto.

Fritz. Segun lo que pedir puedo,
¿qué sirve esto?

Elis. Hombre cruel,
no aumentes mis sentimientos;
vete por Dios, ¿solicitas
humillarme mas? no tengo
reparo; á tus pies postrada
que te retires te ruego
en otro lugar, y en breve
te afirmo que nos veremos:
vete por Dios.

Fritz. Déxame.
Rechazándola con dureza.

ESCENA XIV.

Los dichos y Broun.

Bro. ¿Qué miro? ¿tal tratamiento
á mi señora?... socorro,
Julio, criados.

Valt. Silencio,
Saliendo, y amenazándole con una pistola.
ó te abraso
las entrañas.

Elis. Amado Broun, yo me pierdo
si no callais
Levantándose con viveza.

Bro. Pues ¿quién es
el que á tal atrevimiento
se arroja?

Elis. ¿Quién ha de ser?
¿no lo adivinais?

Bro. Ya entiendo:
malvado, ¿con que tú eres
el perseguidor del templo
de la virtud?

Fritz. ¿Y quién eres
tú que me hablas tan recio?
algun cómplice sin duda
de esta infame

Bro. ¡Hombre perverso!...

Elis. Callad por Dios, vete Fritz,
que tu vida corre riesgo,
si aquí te detienes mas;
todo escándalo evitemos.

Fritz Sí; ya me voy; pero en breve
me verás en este puesto,
mas implacable que nunca...

Valt. Hayamos, que gente siento.

Fritz. De mi furor vengativo
pronto verás los efectos. *vanse.*

Elis. No puedo mas; ayudadme,
Se dexa caer sobre Broun.
amigo: si estos tormentos...
si estas ansias... la inocencia
tal vez sufre... ¡ó santos Cielos!
¿cómo, cómo los malvados
pueden sufrirse á sí mesmos?

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una granja: en el fondo una empalizada con puerta en medio, por la qual se vé el campo y la huerta, &c.

ESCENA PRIMERA.

Batallon y Gertrudis.

Bat. ¡Estoy en sudor envuelto!
mil gracias, Gertrudis bella,
por la leccion de baylar:
la qual espero que sea
para mayor alabanza
de tan bonita maestra.
Gert. El talento lo hace todo.
Bat. ¡Pues si yo el vuestro tuviera!
es preciso confesar
que gracia como la vuestra
no puede encontrarse en toda
la redondez de la tierra.
Gert. ¿Cierto?
Bat. A fe de Batallon.
Gert. Agradezco la fineza,
pero vámonos adentro,
porque Mauricio pudiera
necesitarme.
Bat. Ahora no,
porque ocupado se encuentra
en contar al Señor Conde
por menor todas aquellas
mejoras que su cuidado
ha hecho en la granja; y es fuerza
que vaya largo el coloquio.
Gert. Sin embargo, yo quisiera
asegurarme.
Bat. Esperad
un breve rato, y atenta
me escuchad en un asunto
de la mayor conseqüencia.
Gert. ¿Para mí?
Bat. Sí; hay ciertas cosas,
que á uno le causa vergüenza
decirlas; pero ya quando
las circunstancias aprietan...
ya se vé.. cada pobrete
vomita, y sino rebienta.
Gert. Declaraos.
Bat. Un cañon *aparte.*
de á treinta y seis que estuviera
apuntando á mi cogote
viéndole aplicar la mecha
no me hiciera retirar,
y tiemblo de una mozuela:
Componiéndose el vigote y ajustándose el sombrero.
vaya, Señor Batallon,
repasad en vuestra idea
tantas antiguas hazañas,
y presentaos de manera
que os haga honor.
Gert. Qué, ¿no hablais?
Bat. Vos sois jóven.
Gert. Cosa es cierta.
Bat. Y bonita.
Gert. Así, tal qual.
Bat. Esos ojos o centellas
abrasan; pero de modo
que al mismo tiempo que queman,
el escozor es tan dulce
que no duele y paladea.
Gert. Yo nunca lo he reparado.
Bat. Ojalá que yo pudiera
decir otro tanto; pero...
Gert. Proseguid.
Bat. ¡Tengo la lengua
tan travada!...
Gert. Pues soltadla.
Bat. Animo, que está la breva
en sazon, segun parece. *aparte.*
Gert. ¿No proseguís?
Bat. Me encantais.
Gert. Nada tengo de hechicera.
Bat. Y yo mucho de hechizado:
finalmente si quarenta
años de buenos servicios,
si un hombre que canas peyna,
pero de mucha honradez,
acomodaros pudiera,
aquí estoy yo.
Gert. ¿Para qué?
Bat. Para todo quanto sea
de vuestro gusto: pensad,
Gertrudis en mi propuesta.
Gert. Ya pienso en ello.
Bat. Quarenta
años de buenos servicios.
Gert. Muchos son, y mas valieran
á no ser tantos.

Bat.

Bat. Un hombre
de probidad...
Gert. Y que peyna
canas.
Bat. Que le hacen honor
por ser hijas de la guerra...
Gert. Y del tiempo.
Bat. Pero tiene
doscientas libras de renta
por conserge del Castillo.
Gert. No es mala qualidad esa.
Bat. Y mi retiro.
Gert. ¡ Ay es nada !
Bat. ¿ Y bien ?
Gert. ¿ Y bien ?
Bat. Con que queda
la cosa...
Gert. Como se estaba.
Bat. Como, cómo, ¿ hablais de veras ?
¿ no valgo para marido ?
Gert. ¿ Mio ? no, ni Dios lo quiera:
¿ no sabeis aquel refran
que dice que cada oveja ?...

ESCENA II.

Los dichos y Julio.

Jul. ¿ Gertrudis ?
Gert. ¿ Qué hay ?
Jul. El señor
Mauricio adentro os espera;
porque quiere enseñar toda
la granja al Conde.
Gert. ¡ Paciencia !
ahora me reñirá
porque he tardado; y vos de esta
reprehension teneis la culpa. *vase.*
Bat. Pues que me eche á mí la pena,
y por una confesion
llevaré dos penitencias.
Jul. Me parece que á este sitio,
se dirige la Condesa
con el señor Broun.
Bat. Pues ya
es tiempo de que la fiesta
se prepare; vamos Julio,
porque la gente este alerta.
Jul. No tenemos que perder
ni un solo instante siquiera.
En acto de entrarse.

ESCENA III.

Los dichos, Elisa y Broun.

Elis. ¿ Julio ?
Jul. ¡ Mi señora !
Elis. Espera
que tengo que hablarte.
Jul. Luego
que acabe...
A Batallon.
Bat. Darás la vuelta
por allá: la tal muchacha *ap.*
me ha dexado de manera,
que tengo maldito humor
para tratar de la fiesta *vase.*
Elis. Tened amigo cuidado
de que nadie nos sorprenda.
Bro. No tengais rezelo alguno.
Se retira.

ESCENA IV.

Julio y Elisa.

Elis. Vaya Julio, aquí te llega:
procuraré descubrir *aparte.*
si algo ha sabido.
Jul. ¡ Qué apriesa
que late mi corazon ! *aparte.*
¿ qué me dirá la Condesa ?
Elis. Parece que estás turbado,
¿ algun pesar te atormenta ?
¿ por qué con tal confusion
y timidez te me acercas ?
fixa en los mios tus ojos,
¿ no sabes la complacencia
que siempre tengo de verte ?
Jul. ¿Será posible ?... ¿ de veras?

Con timidez.

Elis. ¿ Tienes algun fundamento
para dudarlo ?
Jul. Sintiera
tenerle... pero... yo...
Elis. ¿ Sabes ?...
Jul. Una noticia muy buena.

Sin poder contenerse.

Elis. ¿ Y sin embargo te aflige ?
todo lo sabe. *aparte.*

Jul.

Jul. [redacted] llena
de rezelo por lo mucho
que quiero que verdad sea.
Elis. ¡ Pobre muchacho ! ¿ y [redacted] puedo
saber yo ?...
Jul. Si no temiera
ofender á mí... Señora...
Elis. ¿Pues de quien tanto te aprecia
como yo formas rezelos ?
[redacted] no sabes que me interesa
tu fortuna como mia ?
Jul. Sí ; pero...
Elis. Habla con franqueza.
Jul. Hoy [redacted] han dicho que mi madre,
sin mirarla.
á quien yo creia muerta,
vive.
Elis. ¿ Y te la habrán pintado
como muger sin vergüenza
y llena de iniquidades ?
Jul. Como no es fácil que crea
que una madre sin motivos
poderosos se resuelva
á ocultarse de su hijo,
no es posible que yo pueda
formar quejas de la mia.
Elis. ¡Qué rara delicadeza !
Jul. Yo imagino que han querido
abusar de mi inocencia,
y engañarme.
Elis. ¿ En qué lo fundas ?
Jul Pues dais la cosa por cierta.
Elis. ¿Te alegrára el que lo fuese?
Jul. ¡ Ah Señora ! si tuviera
yo la gran felicidad
de hallar una madre tierna,
y tan cerca como estoy
de vos estuviese de ella,
me arrojaria á sus pies.
De rodillas.
Elis. ¿ Qué haces ?
Jul. Y la dixera:
adorada madre mia,
tened la condescendencia
de mirar á vuestro hijo,
y vereis como se anega
en lágrimas de ternura;
si de las caricias vuestras
hasta aquí le habeis privado,
por poderosas que sean
las causas para arrojarlo
de vuestro seno, no [redacted] ellas
ha podido tener parte;
[redacted] por qué ha de sufrir la pena
de lo qne no ha delinquido ?
nadie en el mundo os profesa
tanto amor, respeto tanto:
la justa correspondencia
exîge de vos, señora,
[redacted] esto aspira, esto desea,
y con lágrimas amargas
esto, ó dulce madre, os ruega.
Elis. Julio...
Muy conmovida.
Jul. Sí señora : á estas razones
que yo á mi madre dixera,
se enterneceria, y luego
de mi amor en recompensa
me alargaria sus brazos...
Breve pausa.
Elis. Hijo, [redacted] los mios te llega.
Jul. Madre mia... ¿ con que es cierto ?...
Elis. Que eres mi hijo ; quisiera
haber podido ocultarte
este secreto, que es fuerza
que perturbe tu sosiego;
mas la ternura materna
ha sido mas poderosa;
las que de madre se precian
en la fuerza de su afecto
disculparán mi imprudencia.
Jul. Conservad vuestros secretos;
nada hay que saber yo quiera;
hallé en vos mi madre, y todas
mis ansias cumplidas quedan.
Elis. No Julio ; ya solicito
que nunca acusarme puedas:
y así se hace necesario
que desde este punto sepas
las causas que me han movido
á no decirte quien eras
para que jamas culpable
á tus ojos comparezca:
el hombre pues que en el parque
te habló esta mañana... ¡ ó penas!
Jul. Proseguid.
Elis. Ese es tu padre.
Jul. ¡ Válgame Dios !
Elis. Que comprendas
es imposible lo mucho
que he sufrido en la violencia
de encubrirte mi cariño:
allá [redacted] tu idea recuerda
las amorosas miradas

en que se pintaba entera
mi alma, aquellas palabras,
aquellas caricias tiernas
que encubrian baxo el velo
de dulce beneficencia
y santa amistad lo fino
de la ternura materna;
muchas veces detestando
la insoportable cadena
que yo misma me hube impuesto,
estuve para romperla;
mas me decia una voz
interior ¿qué es lo que intentas?
¿por qué quieres destruir
una ilusion halagüeña
que hace feliz á ese niño?
él ignora quienes sean
sus padres; muertos los juzga,
y de ménos no los hecha;
mira en tí su bienhechora,
y te ama como aquella
á quien debe quanto tiene:
¿pues por qué arriesgar deseas
tu dicha y la suya á un tiempo?
¿Qué sabes si quando entienda
los vinculos que contigo
tan fuertemente lo estrechan,
dexará de maldecirlos
y acusarte su exîstencia,
al saber que se la debe
á un hombre que se alimenta
de crímenes, y cubierto
de oprobio y de infamia eterna?
Jul. ¡Es posible!
Elis. Sí; tu padre
es un monstruo... ¡si supieras...!
mas demasiado has podido
conocer... ¡quanta vergüenza
te resultaria!... pero
olvidemoslo.
Jul. Sí; y sea
para no pensar en mas
que en mi madre.
Elis. Alguien se acerca,
separémonos.
Jul. Pero ántes..
Con mucha ternura.
Elis. Te entiendo: á mis brazos llegas:
esta es la primera vez
que me entrego sin reserva
a todo quanto me inspiras:
¡ah, qué infeliz es aquella
que no puede á un tierno hijo
darle de su afecto pruebas!
Jul. A Dios, dulce madre mia.
Elis. El alma toda me llevas.
Le besa la mano, y vase por el fondo.

ESCENA V.

Elisa y Verner conducido por Gertrudis.

Vern. ¿Adónde vamos, Gertrudis?
Gert. Aquí inmediato á la huerta.
Vern. ¿Y á qué fin?
Gert. Sabreislo luego:
se sienta.
sentaos, y con paciencia
esperadme un breve rato:
bien sabeis que hoy es la feria;
á media voz.
y en tanto que el señor Conde
visita las dependencias
de la quinta, Batallon,
Julio, yo, mis compañeras,
y algunos otros tenemos
una funcion ya dispuesta
para divertir al amo
luego que á este sitio venga.
Vern. Muy bien, muy bien, hijos mios,
manifestad la sincera
cordialidad con que amais
al Conde; no me pudierais
preparar, queridos mios,
satisfaccion mas completa.
Gert. Me iré, si lo permitís,
señora.
Vern. Pues qué ¿se encuentra
levantándose.
aquí la amada?
Gert. Si señor:
¿podré irme?
Vern. Quando quieras,
vete, vete.
Gert. Si Mauricio
con tal compañía queda,
yo no le hago falta alguna:
y así con vuestra licencia
un breve rato me ausento,
y pronto daré la vuelta. *vase.*

ESCENA VI.

Elisa y Verner ámbos sentados en un mismo banco.

Vern. Señora mia, ¿es posible
que tengais la complacencia
de acompañar á un anciano
enfermo que no interesa
á nadie en el mundo? ¡ah! vos
ella le aprieta la mano.
sereis feliz; cosa es cierta,
que al que honra la ancianidad
de bendiciones le llenan
los cielos: ¿qué suspirais?
¿tendriais alguna pena?
¿no me respondeis? el gusto
de veros ya que no tenga,
¿por qué el placer de escucharos,
siendo quien sois se me niega?
Elis. ¡Ay de mi!
Vern. Y ese silencio
¿se extiende á quantos se acercan
á serviros; ó teneis
alguna causa secreta
para proceder tan solo
conmigo de esa manera?
Elis. No... Mauricio...
Vern. ¡O Dios! ¡qué acento
en mis oidos resuena!
¡qué de memorias amargas
á mi corazon despierta!
Elis. Todo es pura ilusion.
Vern. Pero tiene mucha fuerza.
Elis. Por esa misma razon
recelaba yo que oyerais
mi voz, pues alguna vez
que la habeis oido en ella...
Vern. Se me ha pintado la imágen
de una persona tan rea,
como vos sois virtuosa;
de una hija tan perversa
que hizo mal aventurados
mis dias, pues sin licencia
ni consentimiento mio
(¿y cómo yo se lo diera?)
se casó con un malvado
lleno de oprobio y afrenta.
Elis. Acaso no es tan culpable
como pensais: ¿no pudieran
engañaros?
Vern. ¿Engañarme,
señora? ¡al cielo pluguiera!
Elis. ¿Pero la habeis permitido
disculparse?
Vern. A la que huella
el respeto paternal
ninguna disculpa queda.
Elis. ¿Con qué os habeis resistido
á escucharla?
Vern. ¿Y qué dixera
en su abono? ¿oirla? nunca:
quince años hace que lleva
de mi maldicion el peso
sobre sí, y experimenta
tal vez, léjos de su padre,
que confundió en la miseria,
el castigo que los cielos
á una hija ingrata reservan.
Elis. ¿Nunca ha intentado ablandaros?
Vern. Sí, pero halló en mi entereza
oposicion; nunca he querido
oirla; disueltos quedan
por su delito los lazos
que á hijos y padres estrechan.
Elis. ¡Desventurada!
Vern. ¿Os lastima?
¿vuestra alma noble á la idea
de los pesares que acaso
á mi ingrata hija atormentan,
se compadece? Ah, creedme,
no merece que la tengan
compasion.
Elis. ¿Pues no le basta
á la infeliz la funesta
desdicha de verse odiada
de su padre? y vos, vos mismo,
¿posible es que á aborrecerla
llegueis?...
Vern. Eso no, jamas;
y eso mis males aumenta:
soy débil; yo lo confieso;
á pesar de sus ofensas
yo conozco que la quiero.
Elis ¿De veras?
Vern. Y tan de veras
que quando oygo vuestra voz,
que la suya me presenta,
me abandono á una ilusion
dulce, qual si poseyera
esta hija que debia
ser apoyo de mi enferma
ancianidad, esta hija
que amaba con tal ternura,

y

y aun amo.
Elis. ¿ Con que la amais ?
Vern. ¡ Ay señora ! ¿ pues perdiera
por nada tales derechos
la comun naturaleza ?
á un hijo por criminal
que fuere, nada le cierra
el corazon paternal
enteramente.
Elis. Eso es prueba
de que esa hija en vuestro amor
algun derecho conserva.
Vern. Si ; mas nunca lo sabrá.
Elis. Y si á vuestros pies la vierais
desconsolada, llorosa...
Vern. Huiria su presencia.
Elis. Si os detuviese, y en llanto
deshaciéndose, os dixera:
padre mio, os ofendí;
vedme á vuestras plantas puesta;
halle mi arrepentimiento
en vuestro pecho clemencia:
mi culpa fué involuntaria,
una traydora cautela,
una seduccion horrible
me precisó á que eligiera
entre la muerte ó la mano
de mi seductor...
Vern. Debieras
morir.
Elis. Debia vivir
para alivio de las penas
de mi padre.
Vern. Envenenaste
sus entrañas: te detesta
mi corazon.
Elis. Si supieseis
quanto genero de penas,
que de mortales congojas,
en qué extremo de miseria
me he visto, léjos de vos,
yo sé que os compadecierais:
si lágrimas de dolor
borran culpas, aunque fueran
mucho mayores las mias,
ya expiadas estuvieran.
Vern. Y yo ¿ quánto no he sufrido ?
de mi claro honor la afrenta
me desterró de mi patria,
y me obligó á que encubriera,
con nombre desconocido
mi miserable existencia:
la enfermedad que me agovia,
el sentimiento que abrevia
mis dias, los que he pasado
en la mayor indigencia,
todo, todo es obra suya.
Elis. Y tambien las mas violentas
privaciones, los mas duros
sacrificios que me cuesta
haber logrado aliviar
vuestros males y pobreza.
Vern. ¡ Qué lenguage !
Elis. Era un deber
sagrado ; y yo muy contenta
le cumplia: en fin no hay culpas
qué á la eficacia no cedan
de un puro arrepentimiento:
¡ ó padre ! Dios os enseña;
perdonad á vuestra hija.
Vern. Pero olvidais...
Elis. Habrá apénas
un instante que dixisteis,
que del todo á la clemencia
no se cierra el corazon
de un padre...
Vern. Hablais de manera...
Elis. Abridme el vuestro.
Vern. ¡ Qué empeño
que mostrais en defenderla !
Elis. Es que me defiendo á mí.
Vern. ¿ A vos ?
Elis. Si.
Vern. Posible fuera...
Levántandose.
¿ pues quién sois ?
Elis. Soy...
Vern. ¿ Quién ?

Levantando sus manos como para maldecirla.

Elis. ¡ O Dios !
en su actitud manifiesta
que de nuevo á maldecirme
está resuelto : ¡ qué fiera,
qué terrible situacion
la mia ! soy la Condesa,
en lugar de vuestra hija
me he puesto : os hablé como ella
os hablaria en tal caso;
y habria sido completa
satisfaccion para mí
ablandar vuestra dureza,

le-

logrando un perdon que ha tanto
esa infelìz desea:
pero vuestro corazon
ulcerado no se presta
sino es al resentimiento:
¡ sabe Dios quanto me pesa !

Vern. Perdonad, si he olvidado
quien sois vos, y quien yo sea:
no me admiro si mi hija
en vos tal abrigo encuentra,
¡ pues teneis alma tan noble
y tan generosa ! si ella
de vuestras virtudes solo
la ménos notable hubiera
poseido, no tenia
yo infeliz.

Elis. ¡ Cielos paciencia !
¡ fatal preocupacion ..
la esperanza lisongera
de conseguir mi perdon
ya ha espirado !.. pero suenan
voces alegres y dulces
instrumentos: todo es fiesta
y júbilo miéntras yo
muriendo estoy de tristeza.

ESCENA VII.

Parte interior del parque con vista al jàrdin. Salen todos ménos Fritz y Valter. Verner conducido de la Condesa se retira á un lado.

Coro. El que á sus vasallos
dichosos les muestra
agrado, cariño
y beneficencia;
sea bien venido,
bien venido sea.
El que hace felices
quantos se le acercan,
y es plácida imágen
de Dios en la tierra;
sea bien venido,
bien venido sea.

Bat. ¿Qué tal, qué tal señor Conde ?
la invencion no está maleja.

Ed. Para mí nada hay mas grato
que el conocer quan de veras
sentís ese regocijo
que en todo se manifiesta;
porque la pura alegría
nace de la verdadera
felicidad... ¿ pero qué
desconocido se acerca
á este sitio ?

ESCENA VIII.

Los dichos y Fritz que entra por la puerta de la empalizada.

Jul. ¿ Qué quereis ?

Bro. El es, señora.

Elis. Estoy muerta.

Fritz. ¿ Se halla el señor Conde aquí?

Ed. ¿ Qué hay en que serviros pueda ?

Elis. Despachad los labradores.
Á Eduardo.

Ed. Broun, disponed que esas buenas
gentes se vayan.

Bro. Al punto.

Broun recoge los comparsas y les hace salir.

Jul. Es tal mi inquietud que apénas
puedo respirar.

May. Ese hombre,
á Eduardo.
por Dios que es el mismo que esta
mañana salió del bosque.

Bat. ¡ Ola ! y ahora ¿ qué intenta ?
¿qué trae aquí señor mio ?
á Fritz.
vaya, despáchese: apriesa.

Fritz. Poco á poco.

Bat. ¿ Si pensará
meterme miedo con esa
voz de carrasco ? á buen puerto
se viene, ¿ con qué licencia
se ha arrojado el muy vellaco
á detener ?...

Fritz. No doy cuenta
á nadie de mis acciones.

Bat. La satisfaccion es buena:
ya lo veremos: yo he visto
este hombre, y no se me acuerda
en donde.

Elis. ¡ Cielos, piedad !

Fritz. Perdonadme la molestia
á Eduardo.
de interrumpir la comun
alegría; porque me fuerzan

á hacerlo unas circunstancias
que, hace ya ocho años, me alejan
de todas las sociedades,
porque sino ántes viniera
á haceros una forzosa
reclamacion.

Ed. A saberla
espero.

Fritz. Me es muy sensible
disgustaros, mas la deuda
de mi obligacion...

Ed. Al caso.

Fritz. Es el que me hagais entrega
de mi hijo.

Ed. ¿Vuestro hijo?

Bat. No es nada la friolera:
¿pues tienes tú aquí algun hijo?

Fritz. Vedle aquí.

Señalando á Julio.

Elis. Ya no me resta
sino morir.

May. ¿Cómo? ¿Julio?

Fritz. Mi señora la Condesa,
puesto que le ha dado á luz
dará mi asercion por cierta.

Bat. Impostor... picaronazo...
yo te arrancaré la lengua...
le detienen.
dexadme... ¿cómo se entiende?

Fritz. Señora, pues se sospecha
de vuestro honor la opinion,
¿no salís á defenderla?
desmentidme si pudierais;
¿mas para qué son tan necias
prevenciones y rodeos?
hablad con toda pureza:
¿no sois vos Elisa Verner
mi esposa? decid.

Vern. ¡Descienda
un rayo que me devore,
y no verme en tanta afrenta!
mi hija, ¡ó Dios!

Ed. ¿Con que sois
por precisa consequencia?...

Fritz. Isidoro Fritz su esposo.

May. ¿Qué oygo?... Batallon, apriesa,
ven conmigo. *vanse.*

ESCENA IX.

Los dichos ménos el Mayor y Batallon.

Vern. ¡Dos maridos!
¿iniquidad tan horrenda
cupo en mi sangre?

Fritz. Afligiros
siento, pero no se encuentra
modo de justificar
á esa muger; de su ciega
pasion á vos poseida,
buscó, y hallo quien fingiera
de mi muerte el testimonio.

Ed. ¡Miserable!

Con desprecio.

Vern. Abrete ó tierra,
y en tus entrañas sepulta
á un padre infeliz.

Ed Las quejas
de Mauricio me declaran...

Elis. Que es mi padre, y ya lo hubieras
sabido; á haber alcanzado
mi perdon.

Vern. No tendrás esa
fortuna jamas, vil hija.

Elis. Padre, Eduardo, la estrecha
situacion en que me miro,
debo confesar que es cierta;
pero yo no soy culpable;
pues fundada en unas pruebas
en mi concepto indudables...

Ed. No te justifiques, dexa
para quien no te conozca
como yo, de tu inocencia
la satisfaccion.

Fritz. Con todo,
ya veis que es preciso sean
fingidos los instrumentos,
en que esa union se cimienta...

Ed. ¿Quién duda que son fingidos?

Fritz. Pues es forzoso se sepa
que falsario...

Ed Tú, tú mismo...

Fritz. Pues yo ¿qué interes pudiera
tener?

Ed. Añadir un crimen
á tantos.

Fritz. Mayor certeza,

Se-

Señor Conde, es necesaria
para acusar de tan negra
traicion á un hombre.
Ed. Yo tengo
una irrefragable prueba
de la tuya.
Fritz. Publicadla.
Ed. Tu rostro la manifiesta
en la palidez que el miedo
le envia...
Fritz. ¡ Vana quimera !
yo os juro...
Ed. Tened la lengua,
los virtuosos jamas
sus acciones juramentan;
y los malvados abusan
del juramento; si asientas
que eres inocente, fija
tus torvos ojos en esa
muger celestial sin que
turbacion alguna sientas;
mas no te atreves á hacerlo.
Fritz. Señor Conde, sutilezas
de ingenio de nada sirven;
no hay que ver en la materia
sino que es esa señora
muger mia; en consequencia
el segundo matrimonio
es nulo; con que por fuerza
vuelve á entrar en mi poder
con quanto le pertenezca,
sin que pueda disponer
de un hilo sin mi licencia;
con que espero que evitando
qüestiones y diferencias
escandalosas, tengais
á bien que entre de mis nuevas
posesiones en el goze
hoy mismo.
Ed. En vano lo esperas,
malvado, viviendo yo.
Fritz. Si me oponeis resistencia,
me retiro, y de las leyes
imploraré la defensa.
Ed. ¿ Y no temes ?...
Fritz. ¿ Yo temer ?
¿No es bien clara mi inocencia?
¿no son justos mis derechos ?
acaso, ¿ esperais que tema
que os arrojeis á ultrajarme ?
no por cierto; pues hicierais
entónces mucho peor
vuestra causa.
Vern. Y de mi estrella
tal es el rigor sañudo
que me conduce á que sea
testigo de unas disputas
que de ignominia y vergüenza
me cubren; fuerza es huir
de una casa en que se albergan
todos los crímenes juntos.
Fritz. Esperad; yo os doy licencia
para que vivais aquí.
Vern. Llegó á lo sumo mi afrenta
¿ Permites que viva aquí ?
¿ es posible que te atrevas,
malvado, á hablar con un hombre
cuya ilustre sangre llenas
de oprobio y de confusion ?
vil seductor, ¿ yo viviera
contigo ? ¿yo respirara
el ayre que tú envenenas ?
el triunfo de los malvados
es muy pasagero; tiembla
la colera de aquel Dios
justisimo que en su diestra
enciende el terrible rayo
que ha de ser de tanta ofensa
el vengador: ven Gertrudis,
vamos.
Gert. ¿ Dónde ?
Vern. Donde quieras,
con tal que exhale tranquilo
mi espiritu, léjos de esta
odiosa mansion.
Elis. ¡ O padre,
compadeceos de vuestra
hija á tan misero estado
reducida !
Vern La clemencia
acabo; no te me acerques.
Ed. Ya es demasiada dureza
la vuestra, Verner quedaos...
Vern. Dexadme huir.
Elis. Vuestras huellas
De rodillas.
seguiré constantemente.
Vern. Obedece mi postrera
Con dignidad.
voluntad; vamos Gertrudis.
Vánse por la derecha.

ES-

ESCENA X.

Los dichos, ménos Verner y Gertrudis.

Ed. No, no te aflijas, sosiega:
¿dónde podrá ir tu padre
anciano y ciego que nuestras
diligencias no le alcancen?
muy en breve en tu presencia
le verás; y aun yo confio
que he de vencer su entereza:
idos vos de aquí al momento.
Fritz. Ya veo que no me resta
mas arbitrio que acudir
á la justicia: me pesa
implorarla en mi favor,
pero vos de esta violencia...
Ed. Basta, basta; idos al punto,
no aguardeis á que os lo vuelva
á repetir.
Fritz. Ya me voy,
mas tambien conmigo venga
este vivo testimonio
de mi razon; Julio, llega
á los brazos de tu padre.

Julio se precipita á los brazos de Eduardo.

Jul. Ya estoy en ellos.
Fritz. ¿Pues niegas
á quién el ser le has debido?
Jul. Yo no conozco otra deuda
paternal que la que debo
á quien de mi infancia tierna
ha cuidado; este es mi padre.
Ed. Y mi corazon te acepta
por hijo: tú imaginabas
que esta novedad me hiciera
cubrir á Elisa de amargos
denuestos; que de una fea
simulacion la arguyese,
y en fin la dexase expuesta
á tus locos desvaríos;
pero ha sido tu cautela
inútil; ya yo sabia
mucho ántes de que me diera
la mano quien eras tú;
creyendo que muerto hubieras
me casé; luego adoptar
á Julio quise, pero ella
se opuso por no mirarse
alguna vez en la estrecha
obligacion de decirle
con el nombre, las horrendas
maldades de quien el ser
le dió; mas puesto que llega
á estar de todo instruido,
desde ahora en su defensa
me declaro, y quiero ser
su padre.
Fritz. Naturaleza
me ha dado á mí esos derechos
que haré valer.
Ed. Norabuena:
yo responderé.
Fritz. Pensad
que se hallan todas las pruebas
en mi favor, y una vez
que llegue á ponerse en tela
de juicio este asunto...
Ed. Basta,
al punto de mi presencia
huye; que de oirte y verte
mi sufrimiento ya queda
enteramente apurado.
Fritz. Ya me voy; pero toda esa
obstinacion, que desprecio,
muy pronto sabré vencerla.
En acto de irse.

ESCENA XI.

Los dichos, el Mayor y Batallon.

Bat. Aguárdese el buen amigo
Deteniéndole.
un poquito; y valga flema.
Fritz. ¿Pues qué me quereis?
Bat. ¿Yo? nada:
ese señor á la oreja
diz que tiene que deciros
quatro palabras muy buenas.

El Mayor está leyendo un papel, y mirando á Fritz de quando en quando.

Fritz. No tengo tiempo.
Bat. Es preciso;
no hay sino tener paciencia.
Fritz. ¿Os burlais?
May. Exâctamente

con-

convienen todas las señas: *aparte.*
¿con qué os llamais Isidoro
Fritz?

Fritz. Quando no lo hubiera
dicho ántes, no lo negara
ahora.

Bat. Pues mal hicierais. *aparte.*

May. ¿Conoceisme?

Fritz. No por cierto.

May. Miradlo bien.

Fritz. Diligencia
excusada.

May. No, no tanto:
diez y ocho años ha, en la guerra
con Francia, al Emperador
serviais.

Fritz. Cosa es muy cierta;
¿y qué?

May. Que del regimiento
de Badon, que me respeta
por su Mayor, desertasteis;
que en el consejo de guerra,
por desertor, y por otras
iniquidades sentencia
de muerte se pronunció
contra vos, y que la pena
haré yo que se execute
muy en breve.

Bat. Chupate esa.

Ed. Elisa y Julio. ¡Santo Dios!

Fritz. ¡Qué triste azar!
de aqui á todo trance es fuerza *ap.*
salir: si os lisongeais
de prenderme, al que se atreva
Saca dos pistolas.
á moverse, le haré yo
bien pronto que se arrepienta.

May. ¿Cómo insolente? yo basto...

A una señal de Batallon entran los labradores, se arrojan sobre él y lo desarman, pues no repara en ellos atendiendo á amenazar á los que tiene delante.

Bat. No es menester que se pierda
nadie por un picaron.

Fritz. Viles...

Bat. Dexadle la lengua
suelta; pero atadle bien
de pies y manos.

Elis. ¡Qué escena
tan bárbara!

Abrazándose con Julio y apartando la vista.

May. Conducidle
al castillo donde sea
guardado como conviene.

Fritz. ¡O si vengarme pudiera!
no sentiria el morir,
si al fin matando muriera.
Le llevan.

Ed. ¿Elisa?

Elis. No puedo mas...

Cae desmayada en brazos del Conde.

Ed. Ayudadme á sostenerla,
Julio, Batallon.

Bat. Cayó
el pez en la barredera;
que cierto es que el que mal vive,
muere de mala manera.

ACTO TERCERO.

Parque y parte de jardin de mucha frondosidad: un grande árbol sobre la derecha separado: casi en el fondo una estatua, delante de la qual hay un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA.

Eduardo solo.

Ed. Por mas que canso el discurso,
arbitrio ninguno encuentro;
el separarme de Elisa
me causará un sentimiento
profundo; pero es forzoso;
su honor, el justo respeto
de las leyes, mi opinion,
todo, todo á tan violento
sacrificio me precisa;
y en fin aunque, para hacerlo,
solo la opinion de Elisa
mediara, un leve momento
no dudaria en cumplirlo:
no con frivolos pretextos,
ni vanas protestaciones y

de amor, se prueba el afecto
que un amado objeto inspira,
sino es á costa de aquellos
sacrificios que mas cuestan,
y exîgen mas vencimiento
de la pasion dominante.
¡Elisa bella! tú has hecho
tanto por mí hasta este dia
fatal, que aprovechar debo
la ocasion de demostrarte
que merecí ser tu dueño...
pero se acerca; al mirarla
necesito quanto esfuerzo
cabe en un alma sublime,
para reducir al freno
de la razon y prudencia
mis amorosos desseos.

ESCENA II.

Elisa y Eduardo.

Elis. Llamada por vos...
Ed. ¿Qué dices?
¿por qué tanto cumplimiento?
qué, ¿ya no soy Eduardo
para ti?
Elis. Yo solo vengo
á saber que me mandais.
Ed. Nó son órdenes los ruegos.
Elis. Mas despues de lo ocurrido,
¿aun lisongearme puedo?...
Ed. De que Eduardo te ama
mas que nunca.
Elis. Pero el feo
delito de que me acusan...
Ed. No es capaz de cometerlo
quien, como tú, tiene tanta
nobleza de pensamientos.
Elis. Con todo las apariencias
me condenan: yo en efecto
podia por mi interes
fingir esos instrumentos
que de pérfida me arguyen;
¿pero cómo hallaré medio
para probar que ese mismo
que me acusa, hizo ponerlos
en mis manos? no, no dudes
que tan solo ese perverso
es capaz de haber trazado
tan detestable proyecto.
¿De qué servirá mi llanto
ni todos los juramentos,
si mi justificacion
es imposible? un decreto
irresistible al oprobio
y á la ignominia de nuevo
me condenará, y seré
cubierta del vilipendio
general; todos harán
de Elisa injusto desprecio.
Ed. Eduardo será siempre
tu defensor; te prometo
que no cesaré hasta tanto
que penetre este secreto:
ni las sátiras, ni elogios
del vulgo, siempre dispuesto
á la inconstancia, nos deben
preocupar: querrá el cielo
manifestar tu inocencia,
y quedará tu honor terso
y limpio, qual queda el oro
acrisolado; un sincero
un leal amigo es
lo que en lance tan estrecho
necesitas, y en mí le hallas
qual puedes apetecerlo:
el sacrificio que hago
en tu favor, yo confieso
que es superior á mis fuerzas;
mas me daré por contento,
si de tu parte consigo
que lo agradezcas.
Elis. Muriendo
por tí no desempeñara
los favores que te debo,
¿y piensas que faltar pueda
en mí el agradecimiento?
Ed. ¡Ay Elisa! separarnos
es forzoso.
Elis. Bien comprehendo
que la pública opinion,
y de las leyes lo austéro,
para siempre, para siempre
nos separa; pero al ménos
¿podria lisonjearse
Elisa de que en tu pecho,
quando estimacion no alcance,
no merecerá desprecio?
Ed. ¿Yo despreciarte?... el dolor
perturba tu entendimiento,
que á no ser así, jamas
le podias haber hecho
á tu amigo tal agravio:

es-

escúchame con sosiego,
y verás quan infundados
son tus injustos rezelos.
Ese hombre que te persigue,
é intentaba sus derechos
sobre tí y sobre tu hijo
reclamar ante lo recto
del tribunal, hoy se mira
á la última infamia expuesto:
un cadahalso es el destino
que le aguarda; y por efecto
preciso en tí y en tu hijo
resulta un oprobio eterno:
acaso tú abandonada
al dolor y sentimiento
con lo imprevisto del lance,
no has meditado sobre esto;
pero mi activo cariño
resultado tan funesto
previno al punto, porque él
es el mayor y el mas fiero
entre quantos infortunios
sobre tí acumula el cielo;
y así al instante es forzoso
el acudir al remedio,
para que tu honor no quede
infamado.
Elis. ¿Y el empeño
es asequible?
Ed. ¿Pues no?
Bien provisto de dinero,
y de cartas de favor
para un amigo que tengo
comandante de un navío,
y se hará á la vela presto
para la América, Fritz
se ausentará sin saberlo
mi tio, pues se opondria
de otra suerte á mis proyectos,
porque es de la disciplina
militar el mas severo
observador: de esta suerte
se evita que ese perverso
en un suplicio te infame,
y se consigue que léjos
de tí en peregrinos climas
no perturbe tu sosiego:
yo me apartaré de tí,
mas solo en quanto el respeto
de la decencia lo exîja;
de manera que podremos
comunicarnos tan pronto
ideas y pensamientos,
como si casi no hubiera
distancia alguna por medio:
adopto á Julio, pues ya
que te pierda, de consuelo
me servirá el ver que en él
tu imágen viva conservo;
pero no me ausentaré
hasta que quedes primero
perdonada de tu padre
y en su gracia: en él tendremos
ámbos un leal amigo,
y el confidente mas tierno
que dulcifique lo amargo
de los precisos tormentos
que hemos de pasar: las rentas
de esta hacienda considero,
que á tu subsistencia bastan;
mas yo doblarlas resuelvo,
para que así puedas dar
mayor extension al vuelo
de tu corazon piadoso,
amparando y socorriendo
los infelices que acudan
á tu generoso pecho:
yo no puedo mas, amiga
de mi corazon; si yerro,
no será de voluntad;
repasa si algun deseo
te ocurre, para que al punto
vuele yo á satisfacerlo.

Elisa penetrada de admiracion como no pudiendo manifestar su reconocimiento, se arroja á sus brazos: debe mediar una breve y silenciosa pausa.

Elis. Mis lágrimas te respondan;
á ellas solas encomiendo
que expliquen la admiracion
que tan nobles sentimientos
y generosa conducta
causan en mi alma: ¡ah! el cielo
¿por qué no te dió una esposa
de unos merecimientos
tan grandes como en tí se hallan?
Ed. Si cupiera en lo terreno
felicidad verdadera,
yo la tenia en tí... pero
Julio viene.

ESCENA III.

Los dichos y Julio.

Elis. Hijo querido,
ven á mis brazos, y luego
besa las plantas del hombre
mas digno de tu respeto
y de tu amor; nunca, nunca
podrás pagar los extremos
de sus finezas.
Jul. Y nunca
podrá crecer el afecto
que profeso al Señor Conde;
porque ya hace mucho tiempo
que le miro con aquella
sumision y aquellos tiernos
sentimientos que se deben
á un amante padre.
Ed. Acepto
Abrazándole.
ese título sagrado,
y desempeñarle espero:
pero el irritado Verner
¿dónde está? ¿se fué muy léjos?
Jul. Conforme á vuestras ideas,
le hizo dar muchos rodeos
Gertrudis por la campaña,
y por fin le metió dentro
del parque, donde se halla
ahora mismo, creyendo
que está en casa de un honrado
labrador, cuyo supuesto
personage hace un anciano
desconocido; y yo vengo
enviado por Gertrudis
á daros parte.
Ed. Agradezco
tan importante noticia;
¡yo os doy gracias, Dios eterno,
de haber hasta aquí ayudado
mis honrosos pensamientos!
continuadme el auxîlio
hasta que queden completos.
Elisa busca á mi tio,
refierele este suceso,
y prevenle que disponga
su voluntad á un empeño
que de él exjio.
Elis. ¿Qué intentas?
Ed. Vencer el rigor severo
de tu padre.
Elis. Se halla muy
preocupado, y rezelo
que te fatigas en vano.
Ed. Con todo, me lisongeo
que se rinda á una cautela
que premeditada tengo,
y no deberá extrañarla,
pues el fin todo es directo
á su bien y al tuyo: vete,
porque el tiempo urge.
Elis. Obedezco:
mi honor, mi vida pongo
en tus manos: solo siento
que multiplicas finezas
quando pagarlas no puedo;
que tambien los beneficios
agovian quando su peso
no permite aligerarse
con el agradecimiento. *vase.*

ESCENA IV.

Eduardo y Julio.

Ed. Tú, Julio, vuelve á Gertrudis,
y dila que yo deseo
que Verner no sepa nada
de donde está, hasta el momento
que yo la avise.
Jul. Está bien.
Ed. Y dí á Batallon que luego
conduzca á tu padre aquí.
Jul. ¡Mi padre!.. y crei haberos
Afligido.
oido decir que vos
erais mi padre.
Ed. Y de nuevo
lo confirmo, Julio mio;
que me perdones te ruego
un involuntario olvido;
dile á Batallon que presto
me trayga á Isidoro Fritz.
Jul. Voy al punto á obedeceros.

Le besa la mano, y vase apresurado.

Ed. Vencí mi debilidad:
penoso ha sido el esfuerzo:
no son para repetidas
escenas que tanto imperio
sobre la pasion exigen;
pe—

pero en fin aquel consuelo,
aquella satisfaccion
que le cabe á un hombre recto,
quando á costa de un penoso
sacrificio ha echado el sello
á su obligacion, esa es
la que me queda: mi empeño
es que si Elisa no puede
ser feliz, sea á lo ménos
no tan desdichada; y yo
¡triste de mí! ¿como quedo?
qual caminante perdido
de noche en bosque desierto;
como la flor agostada,
como la heredad sin dueño,
horas eternas de pena,
de amargura, desconsuelo
y de desesperacion,
serán de mi vida el resto:
¡virtud, preciosa virtud!
¡qué grandes serán tus premios,
si tantas penalidades
nos llevan á merecerlos!

ESCENA V.

Eduardo, Batallon y Fritz: éste queda algo retirado miéntras Batallon habla con reserva á Eduardo.

Bat. Me han dicho que aquí traxera
á este picaron.
Ed. Es cierto:
yo lo mandé: vete ahora.
Bat. ¿Qué me vaya? ¿estais sin seso?
¿habeis de quedaros solo
con este gandul?
Ed. ¿Qué tengo
que temer?
Bat. Qualquiera cosa.
Ed. Yo tengo un seguro medio,
para que no me haga mal.
Bat ¿Quál es?
Ed. Hacerle bien.
Bat ¡Cierto
que el hombre es para picado
de honradez y buen exemplo!
Ed. No importa: déxanos solos.
Bat. Si asi os agrada, obedezco:
no, pues por si van mal dadas,
yo me quedaré en acecho:
para una horca no he visto
Mirándole.
en mi vida mejor gesto.

Hace que se retira, y se oculta tras de la estatua.

ESCENA VI.

Fritz y Eduardo.

Ed. Acercaos: muy culpable
sois Fritz.
Fritz. De nadie tolero
insultos: yo me retiro.
Ed. Esperad.
Fritz. ¿Para qué efecto?
Ed. No ignoreis que os espera...
Fritz. La muerte.
Ed. Y en un horrendo
suplicio.
Fritz. Poco me importa.
Ed. A mi me importa el sosiego
y opinion de una muger
y de un hijo, que cubiertos
se verian de ignominia,
verificándose vuestro
suplicio; por esta causa
determino substraeros
á la muerte.
Bat. ¿Si? en la cara *aparte.*
le cae al que escupe al cielo.
Fritz ¿Y mi muger?
Ed Quedará
con su padre, yo no pienso
volverla á ver, pues lo impide
la decencia.
Fritz. Yo os confieso
que me admira el ver que quando
mi castigo permitiendo,
podeis salir de un rival,
un sacrificio tan nuevo
me hagais
Ed. Yo no os le hago á vos.
Fritz En vuestro lugar entiendo
que jamas seria yo
capaz de tan grande esfuerzo.
Ed. Es que hay hombres para quienes
no tiene merecimiento
ni importancia la fortuna
de los demas.

Fritz.

Fritz. ¿Soy yo de esos?
Ed. Pero hay otros que prefieren
de su conciencia lo recto,
y la dulce paz del alma,
á quanto hay mas lisongero.
Bat. Pues no es de esa casta el tal
Isidoro Fritz.
Fritz. Supuesto
que la generosidad
os obliga á tanto empeño,
haced que se me franqueen
las puertas, que yo prometo *ap.*
volver pronto, y de manera
que te pese.
Ed. Fuera expuesto
el querer salir ahora,
que habrian de conoceros
las gentes que hay apostadas,
y os han visto: tambien temo
que mi tio el Mayor quiera
quanto ántes llevaros preso
á Bruselas, y en tal caso
no consigo lo que intento:
por lo que será mejor
permanezcais aquí dentro
escondido.
Fritz. ¿Aquí?
Alegre.
Ed. Aquí mismo;
pero no penseis por eso
escaparos: está todo
bien cerrado.
Bat. Yo lo creo:
si no vuela, y se escapare,
tiene algun diablo en el cuerpo.
Ed. Apénas dieren las ocho
vendré por vos, esperadme
oculto entre los espesos
laureles que aquella fuente
Señalando á la izquierda.
guarnecen, muy poco tiempo
podré tardar en venir
á buscaros: he resuelto,
porque podais manejaros,
daros dos mil y quinientos
florines, y tambien cartas
para un amigo que tengo
en Anvers.
Bat. No hiciera mas
con un hermano.
Ed. Yo mesmo
iré con vos una legua,
donde prevenido tengo
un hombre de confianza,
que por caminos secretos
os conducirá hasta Anvers,
y aun á casa del sugeto,
á quien escribo; éste manda
un navío que del puerto
para América saldrá
apénas tenga buen viento;
en tanto en su misma casa
podreis estar encubierto:
pasad á América, Fritz,
y en aquellos vastos reynos,
mudando el nombre, podreis
vivir, si no con sosiego,
con seguridad: á Dios,
á las ocho. *vase.*
Fritz. Estoy en ello:
aquí me hallareis: y triste
de tí si volvieres... pero...

ESCENA VII.

Fritz, Valter y Batallon escondido.

Fritz. ¿Tú aquí Valter? no podias
presentarte á mejor tiempo.
Valt. Un solo instante que hallé
favorable, á todo riesgo
aprovechar he querido,
porque me tenia inquieto
tu extraordinaria tardanza,
y recelé algun siniestro
accidente: dí, ¿qué ha habido?
¿cómo tan solo te encuentro?
Fritz. Siéntate conmigo, y oye
maravillosos sucesos.
Se sientan en el banco.
Entré aquí muy engreido,
pero mi destino adverso
me hizo tropezar con el
Mayor de mi regimiento,
el qual descompuso todos
mis prevenidos proyectos;
porque me reconocia
por desertor; me hizo preso,
y tal vez de aquí á tres dias
me ahorcarian sin remedio,
á no valerme el amparo
de mi sucesor, modelo
Con ironía.
de una generosidad

que

que juzgo no tiene exemplo.
Valt. ¿Hablabas con él acaso
ahora poco?
Fritz. Sí, y por cierto
que me ofrece libertad,
y á mas dos mil y quinientos
florines.
Valt. Los que tú admites,
que entre una muger de ménos,
y esa cantidad de mas,
el dudar fuera ser necio.
Fritz. Al ménos es el partido
que me resta en el estrecho
compromiso en que me hallo;
pues todos mis pensamientos
de acudir á la justicia,
y hacer valer los derechos
de marido, se acabáron;
¡sabe Dios quanto lo siento!
pero tú ya me conoces,
y que permitir no puedo
otro rival mas feliz;
mucho mas quando los medios
de vengarme me da él mismo.
Valt. Sea enhorabuena.
Fritz. Cuento
contigo.
Valt. Bien satisfecho
puedes estar de mi fina
amistad y mi talento
para semejantes casos.
Fritz. Pues advierte que al momento
que dieren las ocho, el Conde
vendrá á buscarme á ese espeso
bosquecillo de laureles.
Valt. Estoy, estoy.
Fritz. el dinero
y las cartas de favor
me entregará.
Valt. ¡Gran sugeto!
Fritz. El mismo me sacará
para evitar todo riesgo.
Valt. Vaya que tu sucesor
es cortés quanto hay que serlo.
Fritz. Oye lo que determino.
Valt. Adelante.
Media luz.
Fritz. Yo sospecho
que ya me has adivinado.
Valt. Sin embargo, dí, y veremos.
Fritz. Esta avenida conduce
á fuera del parque.
Valt. Entiendo.
Fritz. Yo querria que estuviese
del castillo algo mas léjos.
Valt. ¿Tú recelas que te lleve
por un camino diverso?
Fritz. Justamente.
Valt. ¿Y quién te impide
el darle entónces de recio?
Fritz. No he de ser yo el que ha de
darle.
Valt. Seré yo. ¡Valiente empeño!
Fritz. ¿Ves ese árbol?
Valt. Es famoso
para estar uno encubierto.
Fritz. Apénas dieren las ocho,
acudirás á él, y luego
que yo al Conde venir vea,
un solo golpe ligero
que yo daré con las manos
te advertirá que estés puesto
para la ocasion, y quando
al árbol nos acerquemos,
yo pasaré por delante
de donde estés, precediendo
algunos pasos al Conde;
el qual me vendrá siguiendo,
y quando esté frente á frente...
Valt. No digas mas; ya está hecho.
Fritz. Yo no fiaria de otro
de mi venganza el efecto,
pues mi brazo, conducido
del odio, siempre es certero:
pero ha de preverse todo:
pudieran hacerme preso
por algun raro accidente
ántes de las ocho; y luego
el Conde puede tambien
formar de mí algun recelo,
y querer asegurarse
de que arma ninguna tengo
con que ofenderle, y así
desvanecer mis proyectos;
pero segun lo he pensado,
es infalible el suceso.
Valt. Si, no hay que hablar: á las ocho;
una palmadita, y luego
al que pasare el segundo,
salgo, y agur Caballero:
supongo que en los florines
me tocará...
Fritz. Por supuesto
la mitad; las sombras crecen,

no te alexes de este puesto
demasiado; que yo voy
al mio; mas te encomiendo
la exâctitud...

Valt. ¡Qué pesado!

Fritz. Toma ahora que me acuerdo,
por lo que pueda ocurrir,
esta cartera, que dentro
contiene varios papeles,
que el dia que me prendiéron
en Munich, deposité
en un amigo, y no quiero
llevar contra mi testigos.

Valt. Venga, y agur hasta luego. *vanse.*

ESCENA VIII.

Noche obscurísima.

Batallon que sale detras de la estatua.

Bat. Vaya, vaya: juntos todos
los Demonios del infierno
presididos de Luzbel
no discurrirán lo que estos
malditos: ¡mi pobre amo!...
cuidado que es por extremo
agradecido el Señor
Isidoro: ¡el Conde lleno
de bondad le está colmando
de beneficios, y el premio
que le prepara es la muerte!
su bendito compañero
¡tambien parece una alhaja
preciosa! favor del Cielo
ha sido el no haber dexado
yo solo á mi amo... pero
yo no le puedo avisar,
ni separarme del puesto,
porque si diesen las ocho...
vamos, vamos, no pensemos
en semejante locura.
Batallon, quieto que quieto;
sin temer á esta canalla,
que es muy cobarde, y un viejo
militar no ha de temer...
mas me ocurre un pensamiento
feliz... él es algo duro,
pero quando no hay remedio,
y urge el caso, cesa todo...
yo creo que pasos siento.

ESCENA IX.

Batallon y Julio.

Bat. ¿Quién va?

Jul. ¿Sois vos Batallon?

Bat. ¿No lo oyes?

Jul. Buscándoos vengo.

Bat. Parece que hablar no puedes,
¿qué ha sucedido de nuevo?

Jul. Una escena muy terrible
entre el Mayor y el viejo
Verner.

Bat ¿Y con qué ocasion?

Jul. Bien sabeis que le traxéron
á este último al castillo,
despues de muchos rodeos
que Gertrudis le hizo dar,
para que por este medio
creyese que estaba en casa
de un buen honrado rentero
llamado Vandéc.

Bat. ¿Y bien?

Jul. El personage supuesto,
que hacia el Mayor, trató
con todo comedimiento
y agasajo al buen anciano,
á quien como por consuelo
refirió toda su vida,
pues de todos los sucesos
le habia informado el Conde.

Bat. Ya, ya la astucia comprendo.

Jul. Fintó el fingido Vandéc
con gran arte los extremos
y trabajos de su hija,
para obligarle con ellos,
ó disponerle al perdon
de la Condesa.

Bat. Y el viejo
¿qué hizo entónces?

Bat Grande rato
estuvo absorto y suspenso,
hasta que al fin la cautela
prevenida conociendo,
se levanta de repente,
y dirige estos acentos
al Mayor: Hombre, qualquiera
que seas, no estes creyendo,
que no conozco el engaño
y su legítimo objeto.
por pura bondad sin duda

la causa estás protegiendo
de mi criminosa hija,
y acaso ignoras que hoy mesmo
se halla casi convencida
de haber contraido nuevo
matrimonio; su raptor,
el que del seno paterno
la arrebató, éste la acusa;
valido de sus derechos
se ha presentado y... mas yo
no le debo dar fomento
á mi cólera; bastante
me la avivan los recuerdos
de tanta desgracia; en fin,
en tanto que su primero
esposo viva, no espere
Elisa perdon de un viejo
padre que se ve por ella
en tanta miseria envuelto:
dicho esto, llamó á Gertrudis,
y se entró en un aposento
inmediato: la Condesa
perdió el sentido; su tierno
esposo en sus mismos brazos
la llevó á su quarto; pero
ántes me mandó buscaros,
y os encargase que luego
fueseis á veros con él
para un asunto muy serio.

Bat. Por otro, que no es de burlas,
moverme de aquí no puedo;
con que vuelve, y dí que no
me has hallado.

Jul. Mas no debo mentir.

Bat. Pues dí lo que quieras,
pero esto importa al sosiego
y dicha de la Condesa.

Jul. ¿ De veras ?

Bat. Te lo prometo
por el honor militar
que tengo.

Jul. Pues voy corriendo. *vase.*

ESCENA X.

Batallon solo.

Bat. No pueden tardar las ocho:
pues no era malo el empeño
de que fuese á ver mi amo,
quando de aquí no me quiero
mover solo porque viva:
si ahora no le obedezco,
que será la vez primera,
dése por muy satisfecho;
aunque el mismo Emperador
me llamara, de este puesto
no me moveria: aquí
mi quartel general tengo;
el cuerpo de observacion
Como escuchando.
ha de estar allí... mas creo
que gente suena... alguien viene...,
sí; pues me pongo en acecho.

Retírase al fondo, y sale Valter como reconociendo el sitio.

Valt. Boca de lobo parece
la tal noche: los objetos
con dificultad se pueden
distinguir...
Tropieza en el banco.
¿ pero qué es esto ?
este es el banco en que estuve
sentado: al lado siniestro
ha de estar el árbol:::: sí;
éste es: mis chismes prevengo;
que venga ahora el enemigo
quando se le antoje.

Fritz se asoma á un bastidor de la izquierda, da una palmada, y se retira.

pero la seña es ésta, me pongo
en actitud, y al primero...
no, no; al segundo que pase
penas le sacaremos.

Batallon que ha observado á Fritz, ocupa su puesto, y se pone á escuchar.

Bat. Pasos suenan: hácia aquí
se encaminan; pues marchemos.

Hace algun ruido, y pasa por delante de Valter.

Valt. Ellos son... ya pasó el uno.

Fritz sale, y sigue el mismo camino que Batallon, y al emparejar con el árbol sale Valter, le hiere y cae.

Fritz. ¡Triste de mí... yo soy muerto! *cae.*

A este tiempo se presenta Eduardo, y viendo caer á Fritz dice lo siguiente, y luego se retira.

Ed. ¿ Qué es esto ? Criados, ola
acudid, acudid presto.

Valt. Lo he errado... arrojaré

Tira el puñal.

el puñal, y á todo riesgo
huir es fuerza.

Batallon lo coge, y lo detiene.

Bat. Compadre,
téngase, y estése quieto.

Valt. Déxame huir.

Bat. ¿Qué te dexe?
pues has llegado á buen puesto.

Valt. Te daré quanto quisieres.

Bat. Yo te daré pan de perro...
aquí todos, aquí todos.

Salen Eduardo, Elisa, Julio y criados con luces.

Ed. Por aquí... ¿pero qué veo?

Bat. Muchachos asegurad

La accion con los versos.

ese bribon que os entrego,
y llevadle al calabozo;
mas registradle primero

Elisa y Julio se horrorizan y apartan el rostro.

los bolsillos, y traed
una cartera que en ellos
ha de estar: ¿qué os admirais?

Ed. ¿Pues el caso es para ménos?
este infeliz...

Bat. El queria
mataros.

Ed. Ese funesto
cadáver quitad de aquí.

Le llevan.

Elis. A pesar de los inmensos
pesares que me ha causado,
pongo por testigo al cielo,
de que su fatal destino
me llena de desconsuelo.

Ed. ¿Con qué matarme quería?

Bat. Si señor; tal era el premio
que daba á vuestros favores;
y aquí mismo hubierais muerto,
á no haber yo casualmente
su intencion sabido, y luego...

Ed. ¿Pero quién le ha dado el golpe
mortal?

Bat. Su buen compañero...
pero luego sabreis todo
lo que tenian dispuesto.

ESCENA ULTIMA.

Los dichos, Broun, Gertrudis y Verner.

Bro. Venid, buen Verner, venid.

Vern. Apénas puedo creerlo:
¿con qué no existe el malvado?
¡al fin el Dios vengador
descargo el golpe severo!

Bro. Registrando á ese malvado,
que fué de Fritz compañero,
esta cartera le hallamos,
y por si se encuentra en esos
papeles tal vez alguno
que os importe, os la presento.

Elis. ¡O providencia! ¡bendigo
tus soberanos decretos!
la firma es de Himmer: este era
uno de aquellos perversos
mas íntimos de Isidoro,
y de quien los instrumentos
falsos recibí: leed
esa carta.

Ed. Estadme atentos.

Lee. Amado Fritz: apénas ha un mes que he sabido donde te hallabas preso; y puedes creer que no he desperdiciado un instante para procurar tu libertad; pero como mis tentativas han sido inutiles, he podido al fin ganar á un criado del Alcayde que te facilitará la evasion: huye y vuela adonde te llama la fortuna, ya estabas preso quando volví de la expedicion que sabes, y así no he podido participarte ántes el resultado: nuestro proyecto salio felizmente: tu muger recibio todos los documentos justificativos de tu muerte, en cuya falsificacion apuré todo mi talento: ocho años ha que caso con Eduardo Conde de Fersen, está riquisima, y habita en un magnífico Castillo á dos leguas de Anvers: ya sabes lo que puedes sacar: aprovecha la ocasion, y cuenta siempre con tu amigo

Himmer.

Vern. ¡Qué maldad!

Todos. ¡Qué horror!

Ed. Comprendo,
Verner, que ya será hora

de olvidar resentimientos,
y de que Elisa ..
Vern. ¿Es verdad
quanto me decís?
Ed. Yo siento
que dudeis de mi verdad.
Moy. Y nos agraviais con eso
á todos.
Vern. ¿Pues donde está
mi hija?
Elis. Aquí á los pies vuestros.
Vern. Alza á mis brazos, que yo
te perdono; y á mi nieto
traédmele.
Jul. Aquí me hallo.
Vern. Yo te bendigo, y el Cielo
quiera que virtuoso seas
tanto como yo deseo.
Jul. Yo haré todo quanto esté
de mi parte para serlo.
Vern. Pues Dios no te faltará.
Ed. Conmociones excusemos,
y pues que la Providencia
ya nos franquea un sendero
fácil para conseguir
nuestros votos, procuremos
legitimar nuestra union,
y de impenetrable velo
cubramos lo sucedido.
Vern. Ese es el mejor acuerdo.
B.t. Mas me quiero ahora que quando
tenia treinta años ménos.
Ed. Los que te restan serás
de toda mi hacienda dueño.
Vern. Y el cielo santo corone
con dulce paz los tormentos
que hemos padecido todos.
Elis. De los mios no me acuerdo:
volvio el Cielo por mi causa,
y mis votos se cumpliéron.

FIN.

CON LICENCIA.

Barcelona: En la Oficina de JUAN FRANCISCO PIFERRER, Impresor de S. M.; véndese en su libreria administrada por Juan Sellent.